CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

2

PRIMER CURSO DE 1949

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

(SEGUNDA EDICION)

•

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

Marzo, 1949 — 20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

●

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

Rafael Suárez Solís

Las crisis de las costumbres

EL hombre es un animal de costumbres''... "El hombre es un animal social"... "El hombre es el único ser en la naturaleza que puede acomodarse y superarse voluntariamente en cualquier clima''... Con este planteamiento en tres axiomas es fácil aceptar la conclusión de que las costumbres del hombre deben estudiarse en la naturaleza mental mejor que en la geografía física; sin perder de vista, naturalmente, que las costumbres humanas tienen su origen en la necesidad de acomodarse el hombre en la naturaleza, y que su viaje hasta la geografía del espíritu ha sido impulsado por tres imperativos: el hombre, el amor y el miedo, es decir: la economía, la sociedad y la religión. Vivencia, convivencia y sobrevivencia.

Aunque evidente, resulta un poco simplista afirmar que el hombre es un animal de costumbres. Los simples animales actúan sin voluntad bajo la tiranía de las leyes naturales. Lo que en ellos llamamos costumbres son meras funciones fisiológicas. Para la permanencia de las especies la naturaleza las arma de diversas maneras: de colmillos, alas, branquias, mimetismo, hermetismo, etc. Puede huír o acometer según su conveniencia. En tanto que el hombre prehistórico era el único ser desvalido en la selva. La necesidad le obligó a meditar y de la meditación, con la herramienta del ingenio, dedujo las maneras de alimentarse, vestirse, guarecerse y tranquilizarse.

Se localiza al primer inventor en el hombre que un día, con un grano alimenticio en la palma de la mano, se puso a discurrir sobre el proceso de la germinación de acuerdo con el curso anual

de las estaciones. Nace así la aventura de la cosecha agrícola y, en consecuencia, el establecimiento familiar, primera célula de lo que a través de la Historia humana llegó a ser la sociedad. El agricultor primitivo, como el cazador de su tiempo, se dedicó, ya asegurado, al embellecimiento de la existencia. Amenizó su vida en la práctica de las artes. Los geólogos nos muestran obras pictóricas de maravillosa intención utilitaria descubiertas en las Cuevas de Altamira del Norte de España, donde el hombre de la era cuaternaria reproducía, con sorprendente gracia artística, escenas de caza, apicultura, danza, ceremonias y batallas. De la vivencia, por los caminos de la necesidad y la satisfacción, se llegó a la convivencia, o arte de vivir. Pero todavía el miedo siguió empujando a la humanidad hacia la geografía del espíritu. El miedo. como producto de la ignorancia, atribuía una intención divina a todos los fenómenos que comprometían o facilitaban la vida del hombre social. Esos fenómenos estaban representados por la autoridad misteriosa del árbol, la lluvia, el río, el sol, la noche, etc. Eran como divinidades menores al servicio de una voluntad omnipotente indescifrable. Nació entonces lo que más tarde, ya en ámbitos de superior cultura, se llamó fatalidad. Al miedo de morir correspondió un anhelo de sobrevivencia. Si se venía de la nada se podía, por devoción, llegar al todo. Y el hombre ambicionó permanecer en un estado de eternidad para el que el nacimiento y la muerte sólo supusieran peripecias transitorias.

Tenemos así formado, a velocidades de síntesis, el ámbito mental del hombre, es decir, su segunda naturaleza, donde se conduce, según un orden de costumbres económicas, sociales y metafísicas. Pero ello no quiere decir que ahí termine su aventura social. La Historia nos advierte que la tragedia humana consiste en la perpetua inconformidad. Educado por la experiencia de que hay siempre delicias nuevas en espera de posibilidades, el hombre ha establecido un régimen de ambición que no se satisface ni cuando logra hacer posible algo que antes le parecía maravilloso. No importa que los acomodados en las costumbres, resistentes a toda innovación que pueda privarles de los privilegios heredados, aprieten filas contra las reformas. La evolución está impulsada por lo que ahora se llama Biología de la Historia. Se produce entonces lo que, angustiados, llamamos crisis de las costumbres, porque el resultado del estallido puede causar por igual la vida o la muerte; una crisis, una revolución, que los historiadores sitúan como el instante en que se cierran los ciclos culturales y que han producido otras tantas angustias a lo largo de la existencia humana.

Nos toca a nosotros observar la razón de nuestra angustia o lo que también pudiera ser la sinrazón de nuestro miedo. Pero como siempre que la muerte ronda la paz de una familia, la mayor parte de la serenidad social se gasta actualmente en lamentaciones. Pocos se paran a estudiar las causas, que es como los médicos pueden acertar con los remedios. Incluso abunda aún la devoción al curandero, a la milagrería. Y es curioso observar el auge que la angustia ha conferido otra vez a los horóscopos.

Para que no hubiera crisis en las costumbres sería necesario que la prudencia estuviera de continuo atenta a la oportunidad de modificarlas. Cuando una costumbre estorba a un proceso de superación, lo primero que debe hacerse es substituirla, porque la angustia se produce ante el vacío que deja en la conducta una costumbre ida. El hombre acostumbrado se desconsuela al no hallar comprensión en torno suyo; todo le hiere y lastima. Y justifica la decisión de aislarse por la carencia de la cortesía, por la imposibilidad de convivir. Sin convivencia no hay orden económico, social, científico, religioso, ni familiar siquiera.

Pero si desconfiamos de la angustia, como aconseja la prudencia, nos comprometemos a reunir un número suficiente de causas con las que explicarnos las razones de la crisis. Elijamos al azar cuatro fenómenos sociales de los que más contribuyeron a revolucionar las costumbres: La autoridad adquirida por las masas, la industrialización de la existencia, la prisa y la descortesía.

Del imperio de las masas, de su alta posición en la jerarquía económica, se ha escrito lo suficiente para que nadie a estas alturas se atreva a dar noticias elementales. Es un hecho, y no nos corresponde calificarlo aquí, al menos hoy por culpa de mi presencia. La masa no nace como personalidad histórica de ninguna premeditación filosófica. Es la consecuencia de un suceso económico que la necesidad fué formando lentamente. En una época en que todas las jerarquías sociales estaban clasificadas y enraizadas dentro de un reducido y redondeado espacio mental, crece de repente el mundo en proporciones infinitas, y las posibilidades de riqueza pasan de insuficientes a limitadas. Ese gran mundo repentino se adscribe automáticamente a un propietario, y ese propietario se siente impulsado a explotar el milagro. ¿Cómo? ¿Con qué recursos humanos? Nota que le era carga pesada sostener en el espacio limitado una población de sometidos que ya producía más gastos que provecho, más engorros que gloria. Y el propietario abrió resquicios en la coraza de su orgullo para que por ellos se escaparan, animados por la ambición, los aventureros de las posibilidades. Pero la propia grandeza del mundo estableció dis-

tancias enormes entre la autoridad constituída y el hombre libre, y así se fueron formando poderes nuevos capaces de establecer independencias sociales a base de valores que se desconocían en el viejo ámbito mental. Así debe admitirse el origen de la burguesía, con sus costumbres propias, su dominio especial y unos derechos impuestos contra los viejos conceptos resentidos. Recuérdese la frase de los colonizadores españoles en respuesta a las leyes metropolitanas: "Se acatan, pero no se cumplen". Era la nueva ley dictada por la realidad.

Si a ese nuevo señorío social, a esa nueva personalidad económica, se le concedió el derecho a tomar iniciativas, convendremos que le fué necesario establecer técnicas nuevas para precipitar el aprovechamiento de las riquezas infinitas. A toda nueva cultura corresponde una diferente civilización, porque la civilización es el instrumental técnico con que se habilitan las culturas. Todo trabajo de producción requiere una técnica precisa, y no hay por qué detenerse a explicar el progreso de la máquina. El desarrollo de la máquina provoca el crecimiento de la masa trabajadora; pues es una falacia sostener que la máquina, observada en sus operaciones de gran tiempo, desaloja del trabajo a muchos hombres. Por el contrario, el maquinismo es una incubadora de obreros a grandes velocidades técnicas. Es así como se forma la sociedad industrializada, y como de ella se apodera, o trata de apoderarse un nuevo señorío: el señorío del trabajo, puesto que todo señor se explica por el dominio, directo o indirecto, que se ejerce sobre la técnica productora. El hecho será un bien o un mal observado con ojos filosóficos; pero es un hecho, y censurarlo no basta para resolverlo; es indispensable administrarlo.

Tenemos ya definidas, aunque no ponderadas, dos causas de la crisis de las costumbres: la autoridad de las masas y la industrialización de la existencia. La tercera elegida al azar —la prisa— guarda un ritmo al compás de las emigraciones hacia el espacio nuevo. La prisa se ven forzados a padecerla los acostumbrados al paso de las generaciones anteriores. Da esos empujones que algunos llaman groserías. El boliviano, por ejemplo, que descendiera de su capital situada por encima de las nubes y aterrizara un día, a las cinco de la tarde, en la Quinta Avenida de la ciudad de Nueva York, se sentiría zarandeado y mareado como una hoja en el torrente del Niágara. Su paso lento de hombre de las alturas no le permitiría tanta velocidad. Y si saliese con vida del apuro, se pondría a considerar, en el refugio de un portal: "¡Qué groseros son estos yanquis!" Pero si le retuviese la curiosidad y la meditación veríamos al lento boliviano, al mes de andar por la Quinta Avenida, marchar al paso rápido de la corriente "como un alegre

pez dentro del agua". Es decir, aprendería a llevar el paso de la nueva vida gracias a la profilaxis de la gimnasia.

No se entienda este viaje a Nueva York como unas vacaciones del discurso. La prisa es una norma universal, pero el ritmo lo marca Norteamérica. Lo marca, en primer lugar, porque el mundo, como define Hegel, todavía es Europa, incluso en su porción más vital de hoy que es América. Pero, por eso mismo, es en América donde se ha establecido la dirección de Europa, si no en su cultura, en su civilización, y la civilización, como señalábamos antes, es la que impone el ritmo histórico. América, a toda prisa —prisa de mente industrializada— corre a Europa en cada caso de peligro, porque advierte que el día en que los nuevos bárbaros arrasaran con la cultura occidental, ella no sabría qué hacer con toda su civilización. A Europa le dolió en el orgullo la ayuda americana decisiva cuando la primera guerra mundial, al punto de avergonzarse de su caída en el americanismo. Sintiéndose salvada, volvió la espalda al salvador, para luego tener que volver a suplicarle sus servicios a toda la velocidad de que América es capaz. ¿Quiere ello decir que el destino de América no es otro que el de salvar a Europa si ha de salvarse a sí misma? Ortega y Gasset, comentando las ideas hegelianas sobre el americanismo, dice que "todo ese aspecto de ultramodernidad americana parecía a Hegel simplemente un resultado mecánico de la cultura europea al ser transportada a un medio fácil, pero bajo él veía en el alma americana un tipo de espiritualidad primitiva, un comienzo de algo original y no europeo''. Vista con ojos de europeo cansado, la prisa americana podrá ser una velocidad hacia ninguna parte; pero el hombre primitivo sabe por instinto a donde se dirige cuando emprende una carrera frenética en línea recta aun si la prisa no le da tiempo a precisar la meta que espera su mensaje.

En cuanto a la cortesía, vamos a examinarla sin salir de Cuba, aunque ello nos obligue a apearnos del empaque académico. El choteo no deja de ser una costumbre filosófica como ha sabido demostrar nuestro rector Mañach. Y perdónenme si les invito a pasear en "guagua".

¿Hasta qué extremo es descortés un hombre en una ''guagua''? Entremos; siempre cabe uno más. "Un pasito alante", etc. Lo primero que vemos es a los hombres y las mujeres sentados o de pie indistintamente. Y como hemos invitado al paseo a uno de nuestros antepasados, es éste el que primero levanta la voz para decir: "¡Cuánta descortesía!'' Y al recordar sus viejos deslumbramientos yanquis, agrega: "Aquí tienen que venir los americanos". No se ha tomado la molestia de establecer diferencia entre un cubano de ayer y uno de hoy. El de ayer entraba en un tranvía

y lo primero que encontraba era un asiento. Subía una señora y el caballero se levantaba. Su gesto parecía decir: "Señora ¿usted por aquí? Siéntese". Y el hombre se quedaba de pie más agradecido que la dama sentada.

Pero hoy la cosa es diferente. No hay asientos para todos, y el hombre que se decidiera a cederlo haría dejación permanente del derecho a viajar sentado, incluso al regreso del trabajo, y eso porque la mujer, tan hombre como él, se ha incluído en todos los derechos sin dimitir los privilegios de la galantería. No es una dama antigua, es un competidor, y hasta ella empieza ya a ofenderse cuando un caballero medieval le cede el asiento por creerla incapaz de resistir un viaje en "guagua".

Sin embargo, allí donde el espacio abunda y el tiempo sobra y la mujer se viste, por fuera y por dentro, de mujer, el hombre, aunque en guayabera, se siente un caballero, y con la mayor gentileza acerca la silla a la señora para que tome cómodamente su "high-ball" y fume su cigarrillo como un hombre, sin que por eso los sexos se crean en el caso de prescindir de sus respectivas prerrogativas jerárquicas.

Ocurre en todo ésto que no se han sabido substituír unas normas de la cortesía por otras, que es como se evitan las crisis de las costumbres, es decir, las revoluciones.

En resumen: del estallido de la crisis no puede esperar nada el hombre angustiado para el regreso al ámbito mental perdido; como no puede el revolucionario esperar que el ámbito mental del futuro resulte al gusto de su premeditación. Se establecerá en defintiva, según la Historia nos enseña, el ámbito que aconseje como mejor la ciencia experimental. Ese instrumento ingenioso que siempre guió al hombre en su viaje de la geografía física a la geografía del espíritu.

•

Raul Roa

Utopía, ideología y mito en la política contemporánea

DEBO poner en guardia, de entrada, al auditorio invisible que me escucha. Ni por su índole, ni por sus implicaciones, ni por su alcance resulta fácil despachar satisfactoriamente, en tan breve tiempo, el tema que se me ha confiado. Basta advertir que el problema de la utopía, de la ideología y del mito en la política está indisolublemente ligado a a controvertida y compeja cuestión de "cómo piensan los hombres". Desde la óptica de la sociología del conocimiento, esta es la dimensión más importante que ofrece el asunto. Desde el punto de vista de los hechos, la influencia de la utopía, de la ideología y del mito en la política operante constituye una de las más acusadas características de la crisis social de nuestro tiempo. Este aspecto concierne directamente a la antropología cultural, a la economía, a la sociología concreta y a la historia. No es posible, pues, sin riesgo de confundirlo todo, intentar precisiones de fondo en este caso. Ni siquiera sería dable exponer el problema desde todos sus ángulos, facetas y relaciones. Me limitaré, en consecuencia, a una mera presentación del tema con la mayor claridad y sencillez.

El espíritu utópico y la utopía como género literario han florecido siempre en todas las épocas críticas de la historia. Fué Tomás Moro, canciller de Inglaterra, quien bautizó ese género literario al titular **Utopía** el libro en que propone un sistema ideal de convivencia a sus contemporáneos. Utopía significa lo que no existe, lo que está fuera del espacio. La primera utopía política de rango fué **La República** de Platón. Utopía fué también **La Ciudad de Dios** de San Agustín. El advenimiento de la moder-

nidad coincide con una primavera de utopías. Esta eclosión de sociedades ideales, en radical disconformidad con la conformación histórica circundante, responde, sin duda, a una de las direcciones del espíritu renacentista, que se trasciende a sí propio y, en contraste con la realización tópica de sus apetencias últimas, se muestra afanoso de un mundo social limpio de impurezas e imperfecciones, en el que la razón de comunidad suplante a la razón de estado.

Trayectoria dispar toma ese anhelo. Vuélvese en algunos hacia el pasado, hacia la época mítica de la edad de oro o de Saturno. Proyéctase en otros hacia el futuro, a la época aún en devenir en que cuajará en realidad lo que se sueña. El influjo de los factores condicionantes de la época está presente en todos los escritores utopistas. Muestran todos la impronta de los relatos que viajeros imaginativos propalan en Europa de la vida ingenua, frugal y feliz de las comunidades indígenas de América. La doctrina del buen salvaje, recogida y exaltada por Juan Jacobo Rousseau, tiene su antecedente en esta línea de pensamiento.

Este violento contraste entre la "vida natural" y la "vida civilizada" lleva forzosamente a la mayoría de los escritores utopistas, enfrentados con la áspera realidad que los rodea, a situar sus esquemas ideales en islas lejanas, sin ubicación geográfica precisa, como si la cultura, el progreso técnico y las instituciones sociales fueran incompatibles con la felicidad del género humano. El apartamiento de tierra firme parece constituír para Moro, Bacon y Campanella el supuesto indispensable del nacimiento y pervivencia del régimen social perfecto. Moro pagaría con su noble cabeza ese error de perspectiva.

Asistimos hoy, como consecuencia de la profunda crisis que sufre la estructura de la sociedad capitalista, a un renacimiento del espíritu utópico y a la actualización de los modelos precedentes, traduciéndose y editándose profusamente las construcciones ideales de Platón, San Agustín, Moro, Campanella, Bacon y Harrington. Karl Mannheim ha acometido, en un libro reciente, un análisis sistemático de los problemas que plantea el espíritu utópico, los cambios en su configuración a través de la historia y sus relaciones con la realidad, diferenciando tajantemente la utopía de la ideología. Según el sociólogo alemán, "un estado de espíritu es utópico cuando resulta incongruente con el estado real dentro del cual ocurre". No debe, sin embargo, considerarse como utópico cualquier estado de espíritu —advierte en seguida— que es "incongruente con la inmediata situación y la trasciende y en este sentido se aparta de la realidad". "Sólo se designarán con el nombre de utopías —precisa Mannheim— aquellas orientaciones que tras-

cienden la realidad cuando al pasar al plano de la práctica, tienden a destruír, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existente en determinada época".

El estado de espíritu utópico se caracteriza, pues, por trascender la realidad y chocar al propio tiempo con el orden social prevaleciente. No debe confundirse, por consiguiente, con los estados de espíritu que, aún trascendiendo la existencia real, siguen aferrados al orden tópico, trasladando los afanes de cambio y mejoramiento más allá de la historia y de la sociedad. La concepción escolástica de la convivencia ejemplifica cabalmente este trascender sin trascendencia histórica la realidad social. Es un caso típico de ideología. "La idea cristiana del amor fraternal —escribe Mannheim— sigue siendo, en una sociedad basada sobre la servidumbre, una idea irrealizable y, en este sentido ideológica, aun cuando se reconozca que puede actuar como motivo en la conducta del individuo. Vivir en forma coherente, a la luz del cristiano amor al prójimo, en una sociedad que no esté organizada según el mismo principio, resulta imposible. El individuo, en su conducta personal, se ve siempre obligado —en cuanto no se propone trastornar el orden social vigente— a renunciar a sus más nobles principios". La utopía se propone, en cambio, no obstante los elementos ideales que contiene, transformar la realidad histórica existente en algo que está más de acuerdo con sus propias concepciones; pero al transformarse en política de partido la utopía conduce, inexorablemente, a una posición cerrada y pragmática.

El concepto de ideología, que Mannheim contrapone al de utopía, refleja uno de "los descubrimientos que han surgido del conflicto político, a saber, que los grupos dominantes pueden estar de tal suerte ligados en su pensamiento a los intereses de su situación que, sencillamente, sean incapaces de percibir ciertos hechos que vendrían a destruir su sentido de dominación. La palabra ideología entraña el concepto de que, en determinadas situaciones, el inconsciente colectivo de ciertos grupos obscurece el verdadero estado de la sociedad, tanto para esos grupos como para los demás y, en consecuencia, la estabiliza''. En otras palabras: en ciertas coyunturas los grupos sociales estratificados actúan con una falsa conciencia de la realidad que afrontan para perpetuarla en beneficio propio.

Si la esfera de la actividad humana de la que depende primordialmente nuestro destino no fuera la política, o ésta tuviera como palenque una academia, el desenmascaramiento de los reales móviles del adversario carecería de efectividad práctica alguna. Fué Carlos Marx quien planteó, por primera vez, la lucha política en términos de ideología. Durante largo tiempo los partidos so-

cialistas y el proletariado revolucionario dedicaron sus mejores energías a denunciar los "motivos ocultos" de sus oponentes. El arma de la mutua revelación y del descubrimiento recíproco de los factores condicionantes de la conducta política y de los idearios sociales es ya hoy propiedad común de todos los partidos y grupos que lidian por el poder, propiciando de esta suerte el medro de las tendencias irracionales y la boga del mito. Cada partido y cada grupo tiene dominada su perspectiva por sus intereses, hábitos y apetitos y sólo en función propia tratan de usufructuar la realidad. Mirando en torno se comprueba fácilmente.

En el pórtico radiante del triunfo de la razón, de la técnica y de la democracia, Renato Descartes lanzó esta profecía: "En lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas es posible encontrar una filosofía práctica gracias a la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueños y señores de la naturaleza". Nunca predicción alguna tuvo tan cumplida realización. La naturaleza es hoy, cuatro siglos después del **Discurso del Método,** materia dócil en las manos del hombre. El mundo de las cosas inanimadas ha sido definitivamente desencantado por la ciencia, que se yergue retadora sobre el polvo del exorcismo, del talismán y de la alquimia. Nada más lejos de la magia —aunque parezca mágico— que el proceso de la desintegración del átomo. No cabe ya discutirlo. En el camino de la conquista y aprovechamiento de la naturaleza, el progreso ha sido lineal y con ritmo vertiginoso.

Bacon sostuvo orgullosamente que la felicidad humana estaba vinculada al desarrollo y perfeccionamiento del método experimental. La historia ha demostrado, con hechos como puños, que "si el aumento de la ciencia es uno de los ingredientes de una civilización feliz, no basta a sí misma para procurarla. Necesita ir acompañada de un aumento de sabiduría, entendiendo ésta como una concepción justa de los fines de la vida". Es indisputable que la expansión de la vida material en los últimos años en beneficio de las clases humildes no tiene precedente; pero es indisputable asimismo que nunca fué mayor el contraste entre la riqueza y la pobreza y jamás tan agudos y chocantes los desniveles. Urgen ya subrayarlo. Paradójicamente, en la propia medida en que la naturaleza iba entregando sus secretos se fué encantando el mundo de las relaciones sociales El racionalismo político y el optimismo progresista. que alumbraron la ruta de la burguesía en su hora de plenitud, se ven hoy agredidos por las tendencias irracionales

que se han apoderado de vastas zonas de la conciencia colectiva. La fe en la razón y la fe en la bondad ingénita del hombre —punto de partida y ápice del liberalismo económico y de la democracia individualista— hanse visto en gran parte sustituídas por el imperio de los instintos y la creencia en la perversidad natural del hombre. Maquiavelo y Hobbes retornan vencedores del brazo de Hegel y Carlyle entre las galanterías disolventes de Rabelais y Montaigne. El individuo nada cuenta. La libertad es un artilugio de la ilustración. La soberanía popular una entelequia. "El estado es un Dios mortal". La frase terrible del mago del idealismo absoluto y absolutista fué y sigue siendo la divisa del fascismo, que ha sobrevivido a su derrota en el campo de batalla y se apresta a reaparecer por otras vías y otros modos. Y es también la divisa del socialismo totalitario. Se prescinde de la ética en la política, que se va reduciendo alarmantemente a nuda técnica para la conquista y goce del poder. No importa la inmortalidad de los medios si conduce al fin perseguido. El culto a la violencia, al providencialismo y al viva la pepa se abren paso y consagran.

"Vivimos —proclama patéticamente Jacques Maritain— la liquidación del mundo de Juan Jacobo Rousseau". Henri Bergson, en su senectud desvelada por místicas angustias, imputa la responsabilidad de esa liquidación al maquinismo sin alma. "La mecánica —sentencia— no volverá a encontrar su dirección verdadera, no prestará servicios proporcionados a su potencia, sino a condición de que la humanidad inclinada hacia la tierra aprenda a levantar los ojos hacia el cielo". El curso de este pensamiento derrotista —lúgubre tañir de campanas entre las sombras del crepúsculo— no comienza en Maritain y Bergson. Mucho antes que ambos, ya Berdiaieff y Belloc, Spengler y Duhamel, Keyserling y Jaspers, Scheller y Heidegger, Chesterton y Valery, habían ensayado, como en el Alcestes de Eurípides, el ruido de las manos anunciando que todo ha concluído. A la arrogante creencia en las luces ha sucedido, en pleno señorío de la técnica, el crujir de dientes y el plañir agorero. Jamás situación histórica alguno tuvo en su agonía deudos tan empavorecidos como la nuestra. No se explica de otra suerte su desesperada entrega a los ritos esotéricos y a los Parsifales en jeep. Sociológicamente, la crisis social que atravesamos ha podido caracterizarse como una "situación de falta de seguridad en el mundo en que se vive, un no contar con el mínimum indispensable de cosas firmes, un no saber a qué atenerse. Es la impresión de que nos falta un repertorio mínimo de convicciones vigentes que sirvan de base a nuestra existencia y de orientación a nuestra tarea. Es el hallarnos con que el sistema de creencias o de ideas sobre el mundo y la vida y de valoraciones,

que regían en el próximo pasado, han perdido prestigio y no influyen ya decisivamente en el presente; y con que todavía no se ha instalado un nuevo sistema de normas que organice con seguridad y confianza nuestra existencia. Es la situación en la cual se hunde en el ocaso histórico un sistema de forma de vida y de pensamientos rectores y todavía no se llega a divisar con claridad unas nuevas estructuras que sustituyan a las que declinan. El hombre de nuestro tiempo experimenta la sensación de que lo que ocurre en el mundo se le escapa de las manos, de que ya no está sometido a su dirección y control, de que el pensamiento ha dejado de ser rector y va arrastrado a la deriva por el tumulto de los acontecimientos embrollados"; pero al par que eso acontece el clamor de una nueva sociedad que forcejea por quebrar el cascarón de la vieja en que vive constreñida y sojuzgada se alza dominando a veces el estruendo apocalíptico.

He ahí nuestro drama. Y he ahí también el caldo de cultivo de los mitos políticos modernos. En circunstancias tales, en que todo parece derrumbarse bajo las plantas, el hombre busca dramáticamente personificaciones visibles del inconsciente colectivo y dioses omnipotentes que le garanticen sustento, seguridad y amparo sin parar mientes en los métodos ni en los objetivos. Su actitud anímica es análoga a la del hombre primitivo ante los elementos desatados de la naturaleza.

Imposible resulta siquiera entrar a considerar la estructura del pensamiento mítico. Lo que el mito sea y cuál su función en la vida social es cuestión sobre la cual aún está abierto el debate. Si el material empírico acumulado por psicólogos, etnólogos, antropólogos y sociólogos puede ya estimarse completo, no ocurre así con la teoría del mito, envuelta todavía en una atmósfera bélica de elaboraciones contrapuestas. Justamente acaba de publicarse en español un libro de Ernesto Cassirer, **El Mito del Estado,** que es un prodigioso abrevadero para el estudio del tema.

Según Cassirer, lo que caracteriza a los mitos políticos de nuestro tiempo es que se han puesto al alcance de las masas populares mediante una técnica apropiada. Estos mitos se diferencian de los antiguos en que no son el resultado de una actividad inconsciente ni el libre producto de la imaginación. Los mitos políticos modernos se elaboran de acuerdo con un plan racional meticulosamente concebido y diestramente ejecutado. Son cosas artificiales, fabricadas por artífices muy expertos y habilidosos. El mito, en suma, es una mercancía más en un mundo regido por el fetichismo de la mercancía. Los mitos se manufacturan por idéntico proceso que la nevera eléctrica o el lanzallamas. No podía ser de otra suerte en una sociedad altamente tecnificada

como la actual. La personificación de un deseo colectivo o la dominación de tipo carismático se distinguen sobremanera en una tribu salvaje y en una nación civilizada. En esta última, el mito tiene ineludiblemente que apoyarse en "razones", formar una "teoría". La supremacía de la raza "aria", el derecho al espacio vital, la inmutabilidad de la propiedad privada, el milenio totalitario y la sociedad sin clases son representaciones mágicas rigurosamente racionalizadas con fines de hegemonía. El caudillo moderno ha de ser, a la vez, sacerdote y artífice. No puede dejar nada al azar. Cada paso ha de prepararlo y premeditarlo cuidadosamente. Incluso la palabra mágica ha de emplearla metódicamente. Son los laboratorios de psicología social los que confeccionan los sortilegios, las profecías y los chivos expiatorios. La brujería política se torna científica y la vida social retrograda a formas que parecían definitivamente superadas.

"Hemos aprendido una nueva lección, —escribe Cassirer— una lección muy humillante para nuestro orgullo humano. Hemos aprendido que el hombre moderno, a pesar de su inquietud, o tal vez precisamente por causa de ella, no ha superado todavía la condición de la vida salvaje. De todas las tristes experiencias de estos últimos doce años, esta es tal vez la más terrible. Puede compararse a la experiencia de Ulises en la isla de Circe. Pero es peor todavía. Circe había transformado a los amigos y compañeros de Ulises en seres de variadas formas animales. Pero ahora son los hombres mismos, hombres de educación e inteligencia, hombre honrados y rectos, que renuncian de repente a la suprema prerrogativa humana. Han dejado de ser gentes libres y personales. Ejecutando los mismos ritos, empiezan a sentir, a pensar y a hablar del mismo modo. Sus gestos son animados y violentos; pero ésta es tan sólo una vida artificial y ficticia. De hecho, lo que los mueve es una fuerza externa. Actúan como muñecos de un teatro de títeres, y ni siquiera saben que los hilos del espectáculo y de toda la vida individual y social del hombre, quienes los mueven desde ese momento son los caudillos políticos"

El predominio de la utopía, de la ideología y del mito en la lucha social y en el pensamiento político de nuestro tiempo evidencia hasta qué punto ha renegado de sus propios orígenes la cultura occidental. La humanidad está de nuevo en un cruce de caminos que se bifurcan. Las fuerzas capaces de empujarla hacia una organización racional de la convivencia están frente a frente a las potencias irracionales que pugnan por uncirla a la coyunda mágica de un régimen despedazado por los antagonismos y las contradicciones. Del desenlace de esa ingente contienda, dependerá el curso y sentido de la historia de los años venideros. Ab-

surdo sería que pretendiera asumir yo el papel de arúspice; pero creo firmemente que la disyuntiva planteada es clara y terminante: o el hombre se deshumaniza totalmente en la esclavitud tecnificada o recobra su "fertilidad perdida" en una organización planificada democráticamente para la libertad sobre el primado de la justicia distributiva.

Juan Luis Martín

Conciencia y creencia

EN un libro reciente, Bertrand Russell examinaba la situación mundial y señalaba los peligros que representan esas condensaciones de poder industrial, político y militar que Boris Souvarine apellidó **gigantismo nacional.** Según el filósofo inglés, nos acercamos a la realización del ideal del gobierno universal, traído más rápidamente por la técnica que por la voluntad de las naciones apuradas por la **ciencia moral.** Parece dudar de que sin renunciar a las ambiciones de poder y a multitud de doctrinas que durante un siglo han sido gratas a los grandes pueblos de cultura, sea posible integrar ese gobierno universal, sin hacer peligrar, al mismo tiempo, las libertades del hombre. Opina, especulando ampliamente y con su usual maestría, sobre las alternativas que se ofrecen en estos instantes a los pueblos, y dice que pudiéramos sufrir grandes decepciones con el gobierno universal que se aproxima si no obramos con las necesarias reservas. Porque el abandono de los principios fundamentales de libertad y derecho, por falta de precauciones, conduciría a una peligrosa regresión histórica. Muestra dramáticamente sus temores al decir que la liquidación de nuestra época, en circunstancias tan graves como las que acompañaron a la disolución del mundo antiguo, pudiera resultar en un despotismo cósmico peor que el del siglo V, anulando las conquistas del espíritu de dignificación del hombre, a través de la libertad. Según él, la lucha por la libertad ha tenido quince siglos de desarrollo y su pérdida impondría la necesidad de comenzar por donde se comenzó en la primera Edad Media. El mundo, en consecuencia de su exposición, estaría ahora en la

disyuntiva de escoger entre la democracia, que hace al hombre libre, cooperante y responsable, o el despotismo aniquilador de su responsabilidad, que lo incorpora al organismo ambiente, destruyendo los valores éticos de la cooperación y de un modo total su albedrío, que es atributo del espíritu. Para Bertrand Russell, la gran cuestión de nuestros días consiste en lograr el sometimiento del hombre al organismo natural que lo rodea, convirtiéndolo en remache de una máquina, sino en organizar la libertad de los pueblos y de los hombres, en defender los elementos de la personalidad individual. En las reflexiones del gran pensador inglés están presentes, por supuesto, las últimas conclusiones de la biología y la psicología.

La exposición que él hace es, en cierto modo, el resumen de las inquietudes contemporáneas y la culminación de tendencias que ya se acusaban desde los tiempos de William James, mucho antes de estallar la primera guerra mundial. Le ayudan en la presentación de esa síntesis los resultados de la genética y de la psicología empírica.

Pero ¿cuál sería el medio de no errar en nuestras decisiones? Los psicólogos de la personalidad no vacilan en afirmar que el recurso disponible y quizá el único, para bien de la Humanidad, es el robustecimiento de la conciencia. ¿Qué es la conciencia? ¿Cómo habrá de funcionar la conciencia, que es un valor del espíritu, en una problemática tan compleja, en donde como valor eminente se encuentra la potencia material?

La definición que nos interesa es la que aclara que "la conciencia es el impulso que ordena nuestros actos de acuerdo con nuestro juicio moral''. Pero ¿con qué habremos de comparar la licitud de los actos morales que se derivan del juicio moral?

Este ha sido uno de los grandes problemas de la que llamó Kant la razón práctica, en la filosofía contemporánea. Para unos, como sólo de la comparación nace el juicio (como declara el viejo aforismo escolástico), habría que hacer comparaciones antes de emitir juicios morales, respaldados por una convicción eficiente. ¿Comparar con qué?

Las escuelas positivistas responden que la antropología ofrece, después de abundantes observaciones de la sociología, la etnología y la psicología experimental, una experiencia moral de la especie. Desligan generalmente la religión de la moral y establecen dos órdenes de fenómenos, los fenómenos autonómicos de la religión, como hechos de la conducta humana, y los fenómenos de la moral, como derivados de la razón práctica, determinados empíricamente por la experiencia de la especie, examinada por el método propio del transformismo.

Ya son muy pocos los que admiten, con los documentos de la sociología, la etnología y la psicología empírica, que se han acumulado en los últimos treinta años, que los métodos destinados a obtener a certeza en el examen del mundo físico y sus fenómenos hayan de ser los apropiados para obtenerla en el orden moral. El experimento físico puede repetirse en las mismas condiciones cuantas veces uno quiera, porque la materia es extensa. El experimento moral no ofrece, pasado el tiempo, posibilidades de repetición. Por añadidura, la personalidad humana es más individual de lo que se suponía. El espíritu es intenso.

Con las modernas interpretaciones del neo humanismo, las escuelas de Teología Moral, en lugar de haberse debilitado, han podido fortalecerse, por la facultad de poder reunir a los viejos argumentos otros nuevos. En los congresos celebrados en Kevalaer pudieron elaborarse, con los aportes de teólogos y hombres de ciencia católicos, sorprendentes conclusiones que muchos sospechaban que no podrían producirse. De esta manera, en Europa Occidental el movimiento de revalorización de las creencias cobró mayor intensidad y se rectificaron muchas conclusiones, de todas las tendencias, que sin abandonar sus posiciones relativas, no se mantuvieron ya en los lugares del viejo radicalismo materialista, que, en defintiva, brotaba también de un dogmatismo, de lo que se llamó una **creencia científica**, por ser, al cabo, una racionalización de hipótesis defendidas apasionadamente. El neo tomismo, resurgente en medio de las polémicas, fué acogido con respeto. Y no era extraño, porque ya un positivista spenceriano como Benjamín Kidd, a principios de siglo había sostenido, no sin contagio de pragmatismo, que nadie podía afirmar que las religiones habrían dejado de realizar una función social, o que su función histórica tocaba a su término. Es claro que ningún creyente admitía en el valor que les daba el autor las afirmaciones de Benjamín Kidd, porque entonces se admitirían las creencias por fideísmo fundado sólo en la utilidad, o en la experiencia de la especie, o como inseparable actividad de una substancia denominada **hombre fundamental, hombre básico**, o de manera parecida.

Si el creyente, en medio del panorama que ofrecía en las comienzos del siglo XX la indagación del pensamiento, hubiese admitido esas conclusiones y otras similares como definitivas, habría tenido que admitir de lleno la teología de Ritschl, fundada en un eclecticismo que refundía, con novísimas explicaciones, las siguientes características: (1) el pragmatismo religioso, (2) el agnosticismo filosófico, (3) el positivismo histórico y (4) el colectivismo moral.

Para Ritschl, en defintiva, oponiéndose al materialismo, el panteísmo y el naturalismo de su tiempo, en forma parecida a como lo hacían los primeros existencialistas, la religión, con su cuerpo de creencias, adquiría la plenitud del énfasis en la experiencia de la personalidad moral; y rechazaba, como lo habían hechos los Papas, que la idea de Dios no es sólo un acto práctico (una creencia práctica, como decía él), sino un acto del conocimiento teórico. "Porque si hemos probado la correspondencia del Cristianismo con la razón, lo hemos hecho con la reserva de que el conocimiento de Dios se expresa mediante otro orden de juicios, que no es el del conocimiento teórico del mundo". Boutroux, Le Roy, y hasta el mismo Bergson, cuyo pensamiento influyó tanto sobre los dos primeros, aceptaron muchas de las conclusiones de Ritschl, enmendándolas de conformidad con los resultados de sus nuevos análisis. Esas ideas fueron combatidas por el dominico Garrigou-Lagrange y Jacques Maritain, desde el campo católico, porque, fundando el origen de la moral y la religión en la Revelación, no admitían, como Boutroux, que la experiencia moral tuviese un campo propio y la experiencia religosa también el suyo bien separado. Defendieron el punto de vista de la ética y la teología moral católica proclamando que la conciencia es un acto de la razón práctica, el dictamen singular concreto de la Ley aplicada a la conducta del momento. Ese dictamen expresa como una orden: **Haz esto así o no hagas esto así.** En el ámbito de la conciencia no existen sino los juicios prácticos singulares de orden formal. La conciencia elabora su dictamen con juicios de la razón práctica y con juicios positivos, históricos o experimentales, o bien con juicios de orden revelado y su aplicación al caso concreto, por medio de hechos.

Esta misma posición es la sostenida, en defintiva, por los teólogos protestantes y los teólogos judíos.

La consecuencia actual del debate es que, sea cual fuere la posición de los que intervienen en la discusión del punto, se reconoce que la autonomía moral del hombre no es ilimitada; que existen dictámenes de conciencia, sujetos a una ley universal, cuya operación se descubre en los principios comunes a los fundamentos éticos de todas las civilizaciones, en unas más desarrollados que en otras; y que el Cristianismo es la forma de la civilización occidental; y se rechaza, absolutamente, que los juicios de fe sean irracionales.

Con estos elementos, la filosofía cristiana, tanto la católica como la protestante, aceptando el adjetivo como expresión de las creencias, retorna a Clemente de Alejandría, con la afirmación de que existe un campo de la razón humana y un campo de la razón

divina. La síntesis tomista, que inspira a las escuelas de filosofía y teología católicas, se presenta vigorosamente en el panorama actual del pensamiento, reafirmando las antiguas definiciones del sentido común, tal como lo entendían los escolásticos de antes del vicioso ergotismo. Garrigou-Lagrande, en un pequeño libro, ha restaurado a su plenitud, para los hombres de hoy, las doctrinas del sentido común, en momentos en que, como decía D. José de la Luz y Caballero, parecía "que el sentido común es el menos común de todos los sentidos".

La conciencia despierta llamada por la urgencia a ponerse en pie frente a las amenazas del despotismo global, totalitario y planetario. Las creencias religiosas están en acción en Occidente, porque el Cristianismo es acción. Se ha dicho por los escépticos que estamos frente al fenómeno del revivalismo, en una etapa revivalista más. Pero sea como fuere, no se podrá negar que ese fenómeno es una reacción entusiasta, cargada de optimismo y vitalidad, frente al revivalismo despótico. El revivalismo de la creencia es a la vez el revivalismo de la conciencia, en defensa del hombre, de la personalidad de los hombres, de su responsabilidad, de su libertad y de su dignidad, contra las amenazas de los que ponen al estado sobre la sociedad, y a la sociedad sobre el hombre, invirtiendo la tríada de San Agustín: **homo, urbs, orbs**, sólo por aplicación de una falsa sociología, de una falsa economía, de una falsa psicología y una falsa genética, que nos hacen remaches irresponsables de una máquina total, a través del inmoramismo maquivélico del estado deificado.

•

más interesantes, más comprensibles y más recientes. En el campo de las doctrinas, no ha aparecido, durante el breve lapso señalado, ninguna que merezca con propiedad ese título. El operacionismo, un criterio y un método, ingresó en esta ciencia procedente de la física, allá por el año 28 ó 30. La psicología matemática dió sus pasos iniciales un poco antes, y un poco después surgieron la vectorial y tensorial y su compañera, la psicología topológica o del análisis de las situaciones. La hórmica o teleonómica, explicación por los fines, ha mudado de ropaje en el 37 ó 38 con la teoría de las propensiones fundamentales, pero su tesis esencial, el instinto, es una de las más anticuadas. Igual cabe decir del espiritismo fisiológico y experimental que tiene su sede en la Universidad de Duke. El conductismo y el gestaltismo ya se dijo cuando aparecieron. Ambos han sido, por supuesto, revisados y refinados. Lashley es el conductista más notable por su famosa comprobación de la actividad global den encéfalo, entrevista por Franz en el 1905. Skinner es el más intrépido y extremista, pues descarta de nuestro estudio cuanto ocurre bajo la piel, como aconsejaba Kuo, un chino, hace más de veinte años.

La escuela o tendencia Gestalt ha seguido formándose en los Estados Unidos, pues no lo estaba cuando en el 1932 empezaron a emigrar los psicólogos de Berlín. Köhler es su jefe actual.

El personalismo, cuyo gran sistemático se llama Guillermo Stern, adquiere nuevo acento en el 1937, cuando aparece el gran libro de Gordon Allport. Su célebre discurso presidencial, que tradujimos en el 1943, fué pronunciado en el 1939. De fecha anterior data la tendencia antropológica, completada con el organicismo del profesor Kantor. Y así se podría continuar citando nombres y fechas.

La postrera revisión freudiana de la teoría psicoanalítica ocurrió aproximadamente en el 1931 ó 32. Cinco o seis años antes Berger logró lo que él mismo no había logrado al principio del siglo: medir y calificar la eectricidad que se produce en el encéfalo. El electroencefalógrafo —un aparato muy parecido al que están ustedes encuchando— simboliza el estado actual de nuestra ciencia. No por casualidad Wertheimer supuso en el 1912 que el fenómeno "fi" era un efecto neuroeléctrico, un corto circuíto cerebral.

Las tendencias realmente recientes de la psicología, hay pues que irlas a buscar por fuera de las doctrinas o mejor dicho, por sobre ellas y debajo de ellas; esto es, en la psicología considerada como el gran conjunto de operaciones que los psicólogos realizan en los laboratorios, los campos de experimentación y observación, los gabinetes y clínicas, los consultorios y departamentos. Su cen-

tro viviente y vigente está en las regiones más prósperas y civilizadas de los Estados Unidos, y su organismo profesional, que ha tenido la gentileza de admitirnos en su seno, se llama Asociación Psicológica Americana.

El lujo del practicismo característico de la ciencia en aquel país le ha dado a la psicología lo que necesitaba: espacio vital, metas mundanas (tomando a mundano como opuesto a lo que está en el Limbo) e impulso hacia todos los usos y aplicaciones posibles. Han hecho de ella, de aquel Castillo en el Aire, una gran metrópolis terrena. La psicología es hoy una gran metrópolis en edificación.

A quienes se han habituado a juzgarla como una asignatura ilusa y libresca, algo así como El Caballero de la Triste Figura de los planes llamados de estudios, se les hará difícil entender y creer que a media hora de esta Capital la psicología esté experimentando tan rápido y colosal engrandecimiento. Y no lo creerán porque lo oigan decir una o más veces.

Y puesto que a quien habla le interesa gestionar esta creencia, apelará al recurso de las comparaciones abrumadoras en vez de engolfarse en las disputas doctrinales que han sido expuestas, según ustedes saben, en libros asequibles; esto que se va a oír no es fácil encontrar donde leerlo.

Empecemos por la división profesional de nuestra ciencia que en 1944 acordó la Asociación Psicológica Americana:

Psicología General.—Enseñanza de la Psicología.—Psicología teórica experimental.—Psicometría.—Evaluación de pruebas o tests y estadística.—Psicología Fisiológica, humana y comparada.—Psicología de la niñez y de la adolescencia.—Personalidad y Psicología Social.—Estudio psicológico de los fenómenos sociales.—Psicología del arte y la estética.—Psicología de anormales y psicoterapia.—Psicología clínica.—Psicología Consultiva.—Psicología Industrial y de los negocios.—Psicología Pedagógica.—Psicología para consejeros y aplicada al personal de oficinas e industrias.—Psicología militar y Sección de Psicólogos funcionarios públicos.

Aclaremos. Estas son las casillas o secciones del agrupamiento profesional o sindical de los psicólogos norteamericanos. Su número triplica el número de asignaturas psicológicas de la Universidad de la Habana.

Otra muestra un poco más sorprendente: la lista de los cursos de la Universidad de Ohio, que es ofiical o pública, como la habanera.

Psicología general, dos cursos.—Psicología educativa.—Higiene Mental.—Introducción a la psicología aplicada.—Psicología del estudio eficaz y del aprendizaje individual.—Problemas psicológi-

cos de los ingenieros y arquitectos.—Psicología experimental, dos cursos.—Psicología Genética.—Estadística aplicada a la psicología.—Psicología de los niños excepcionales.—Psicología de la adolescencia.—Psicología de los niños deficientes mentales.—Teoría y aplicación de tests.—Tests individuales.—Diagnóstico y tratamiento psicológico en las escuelas.—Técnica de psicología clínica, dos cursos.—Tests clínicos.—Prácticas de Clínica Psicológica.—Psicología Social.—Psicología de la niñez delincuente.—Psicología de la visión y la audición.—Psicología del aprendizaje y del pensamiento.—Psicología de la emoción y el sentimiento.—Psicología avanzada.—Teorías sobre la naturaleza de la inteligencia.

Y sigue la lista de los cursos de psicología que ofrece la Universidad Oficial o Pública del estado de Ohio, una de las grandes, pero no la mayor de los Estados Unidos: Psicología Criminal y Legal.—Psicología de anormales, dos cursos.—Psicopatología.—Orientación vocacional.—Psicología del Personal.—Motivos e incentivos humanos.—Historia de la Psicología.—Tendencias contemporáneas de la psicología. — Psicología Teórica. — Psicología Comparada, dos cursos.—Psicología de las asignaturas de la segunda enseñanza.—Psicología del niño de edad preescolar.—Psicología del niño de edad escolar.—Psicología del diagnóstico y el tratamiento correctivo en segunda enseñanza; este curso va seguido de otro práctico.

Una pregunta: ¿querrían ustedes continuar oyendo la lista de los cursos que se dictan en la Universidad de Ohio? Hemos llegado al número cincuenta. De los restantes elijamos los siguientes: Psicología de la formación del carácter.—Psicología de la personalidad.—Psicología de las actitudes y opiniones públicas, —el curso donde se estudian los surveys.—Psicología para consejeros de la juventud. El curso número cincuentinueve lleva un título alusivo a los problemas psicológicos de los profesores, a esa rama de nuestra ciencia que Eusebietti llamara pedaitología.

El número de cursos de psicología en la universidad tomada por ejemplo coincide con el número total de los cursos que componen las carreras de Doctor en Medicina, de Ingeniero Civil y de Doctor en Farmacia en la Universidad de la Habana. Esta comparación hará surgir probablemente una duda.

Para explicar los cursos de Ohio hace falta personal y edificios adecuados. Desde luego. Aquí está el plano del laboratorio de la Universidad de Stanford al lado de un croquis del Departamento de Psicología de la Universidad de Michigan, y una foto del chalecito de dos plantas destinado exclusivamente a la psicología en la Universidad de Toronto. Los tres reunidos doblan,

en área fabricada, al Edificio Varona, incómodo albergue de dos populosas facultades de nuestra Universidad.

Pero el desarrollo no se limita a los centros de enseñanza. Quizá muchos oyentes no sepan que en el gran país de la comparación la psicología se ha constituído como una nueva carrera, con diploma o título, plancha en la puerta y un estricto código de ética.

Y los problemas del pistolerismo, los accidentes del tránsito y del trabajo, la organización de la industria y la propaganda comercial son allá estudiados, tramitados y resueltos con la consulta y colaboración de los psicólogos, así como la reeducación de la juvenud descarriada y el régimen de las penitenciarías y reformatorios. La reeducación de los adultos constituye una técnica especial llamada psicología técnica que fué ensayada en la desnazificación del pueblo alemán. Razones llamadas políticas impidieron la continuación de este prometedor ensayo.

Y el gobierno federal, conocedor del poder de la psicología, designa en sus dependencias, especialmente en el ejército y en la Oficina de Educación, tres veces más psicólogos que ingenieros y mil veces más que abogados. A los principiantes —junior psychologists—se les paga de 3 a 4 mil pesos anuales; y a los expertos —senior psychologits— hasta 12 y 15 mil pesos anuales. Cuba cuenta desde hace dos meses con la Comisión Psicométrica —cinco psicometras y dos asesores— creada con el fin de medir las capacidades estudiantiles y de orientarlas.

Las cantidades invertidas anualmente en la adquisición de aparatos y tests por las universidades públicas y privadas, por los centros psicológicos civiles y militares, doblan y rebasan las presupuestadas para todas las atenciones de todas las escuelas de la Universidad de la Habana.

El número de libros psicológicos que ven cada año la luz en los Estados Unidos duplica o triplica la existencia total de libros y folletos de psicología publicados en lo que va de siglo en idioma español, incluyendo las traducciones. El número de revistas psicológicas, que era muy grande, ha aumentado después de la guerra. Si a ustedes les queda un resto de atención perceptual para continuar escuchando, les agradeceré que tomen nota de esta tercera lista: Revista de Psicología, Extractos Psicológicos, Boletín Psicológico, Revista Americana de Psicología, Revista de Psicología General, Revista de Psicología Anormal y Social, Revista de Psicología Aplicada, Revista de Psicología Experimental, Revista Psicométrica, Revista de Psicología Clínica, Revista de Psicología Consultiva, Revista Psicoanalítica, Trimestre Psicoanalítico, Revista de Psicología Social, (no es una repetición, es otra), Revista

de Psicopatología, Revista de Psicología Comparada, Revista de Psicología Genética, Revista de Investigaciones de las actitudes y opiniones del público, Revista Personal —para el estudio de los problemas de los obreros y empleados—, Ocupación, revista para los problemas de las profesiones y oficios.

Y faltan las revistas llamadas monográficas, y las psicopedagógica y psicométricas y las especiales, por ejemplo, la Revista de los trastornos de la palabra... Con ellas se podría formar otra lista tres veces más larga que la leída. Pero no cometeré tamaño abuso. Espero haber logrado ya mi propósito: dejar sorprendidos y un poco abrumados a varios oyentes ante el desarrollo actual de la psicología. E interesados en saber un poco más acerca de ella.

CONCLUSIONES:

1.—Existen dos psicologías: la filosófica y la científica.
2.—Las tendencias recientes de la psicología científica que más interesa son las reales o del estado de la psicología considerada como conjunto de operaciones o actividades.
3.—Las principales tendencias reales de la psicología así considerada son:
   a) colosal engrandecimiento y desarrollo;
   b) vitalización o mundanización de sus fines;
   c) localización casi exclusiva en los Estados Unidos de América (parte Norte).
4.—Entre las pruebas de la realidad de las expresadas tendencias se adujeron las siguientes:
   a) las divisiones profesionales de la Asociación Psicológica Americana;
   b) los cursos o asignaturas que ofrece la Universidad del Estado de Ohio;
   c) la lista de las revistas psicológicas generales más importantes;
   d) algunas comparaciones entre el estado de la psicología en el gran país vecino y Cuba.
5.—La gran conclusión general es esta: la psicología como ciencia de la personalidad y la conducta humana ha avanzado y crecido de modo extraordinario en los Estados Unidos, convirtiéndose en una gran ciencia de innúmeras aplicaciones.

BIBLIOGRAFIA

Allport, G. W. "El Marco de Referencia de los Psicólogos", traducción de Bernal del Riesgo; Rev. Universidad de la Habana, 1946.

Pablo F. Lavín

La conciencia internacional

ESTIMANDO que no vamos a disertar para un público especializado en estas cuestiones, porque de serlo no se trataría, como se trata, de una lección, no apelaremos ni a una abundante referencia bibliográfica, ni tampoco al uso de la terminología científica que corresponde a esta materia.

En consecuencia, señalaremos del modo más sencillo posible los puntos básicos que explican la actual conciencia internacional, sus aspiraciones más elevadas y los difíciles obstáculos que encuentra para realizar sus ideas nobles y beneficiosas para la humanidad.

En ciencia, como en filosofías, como en política, es una constante predisposición del espíritu humano luchar para alcanzar así la unidad de los conocimientos como de las instituciones. Y nunca como en los días de hoy la humanidad se esfuerza con abnegación y con denuedo para la consecución de la unidad política del mundo; pero no la unidad formal o material, despojada de un alto ideal de comprensión humana, sino la unidad mundial forjada sobre las bases de la paz, de la igualdad y de la justicia social.

Establezcamos, pues, como la idea central a que responde la conciencia internacional de esta época, la siguiente: la humanidad de hoy anhela la paz y la consagración y reconocimiento en la mayor medida posible de los derechos humanos.

Es conveniente advertir y subrayar que los sistemas políticos y sociales de mayor importancia preconizan la realización de aquel ideal aún los que sostienen el empleo de la violencia para la consecución de sus objetivos.

Guzlielmo Ferrero, en una valiosa monografía titulada "La Unidad Política del Mundo", establece una afirmación a la que pudiéramos atribuir un alcance, en el tiempo, mucho mayor que aquel que él mismo le señala: Las generaciones trabajan en las tinieblas, dice, desconocen su obra, y solamente cuando la historia está terminada es cuando los hombres pueden volverse, mirarla como espectadores y comenzar a comprenderla. Sin saberlo, la humanidad trabaja desde hace cuatro siglos en la más gigantesca de sus obras: la conquista y la unificación de la tierra".

Si en las épocas del remoto pasado, decimos nosotros, y aún en otras bien recientes, la humanidad apenas tenía conciencia de sí misma, ni los diferentes grupos humanos se conocían entre sí, ni existía tampoco una íntima solidaridad de sus problemas, hoy se ofrece otro fenómeno distinto: la conciencia internacional tiene un notable grado de desarrollo y la humanidad consciente de sus elevados destinos quiere por instinto y por reflexión, organizarse de tal modo en una suprema unidad que haciendo posible la libre manifestación de cada grupo, del pueblo-nación, del pueblo-continente y del pueblo-mundo, como diría Juan Bautista Aberdi, establezca las condiciones necesarias para asegurar el más elevado nivel de vida para todos, en un régimen de democracia y de libertad.

Este sistema de organización mundial trata de cohenestar los dos términos de esa ley que explica la vida y la historia del hombre: la unidad como expresión de la variedad en que se proyecta la existencia humana.

¿Por qué la humanidad tiende y quiere organizarse en una unidad política?

Porque anhela erradicar la guerra para siempre y sí no es posible así por lo menos en la medida más apreciable.

Y ahora vamos a referirnos a los modos principales en que se viene forjando la unidad política del mundo e indicaremos cómo, por caminos distintos, pensadores de tendencias contrarias y sistemas políticos diferentes, llegan a la misma conclusión.

La democracia, por ejemplo, propugna una estructura política y jurídica que garantizando la convivencia pacífica de los pueblos acaba con la guerra por las vías de la justicia, elaborada e impartida por parlamento y tribunales internacionales.

El socialismo radical pretende lo mismo, pero al asegurar que eso no es posible mientras los medios de la producción en todas partes, no pasen de manos privadas a la comunidad entera, emplea en la consecución de sus designios los métodos de la lucha de clases, con la fuerza y energía necesaria para lograr la revolución mundial.

Así, para no citar más que uno entre los numerosos partidarios de la primera teoría, podemos señalar a Hans Kelsen, acaso la más esclarecida mentalidad de la Filosofía Jurídica y del Derecho Público contemporáneos, quien dice estas palabras de una significación excepcional: "cuando la posibilidad de la guerra sea realmente eliminada de las relaciones internacionales, cuando ningún gobierno tenga que temer perjuicios, ni pueda esperar ventajas de cualquier clase como resultado de la guerra, el más grande obstáculo en el progreso hacia una razonable reforma de la situación económica habrá desaparecido; por lo menos en cuanto el mejoramiento de la situación económica es un problema internacional, no nacional. No es verdad, afirma Kelsen, que la guerra sea la consecuencia de condiciones económicas no satisfactoria, al contrario, la no satisfactoria situación de la economía mundial es la consecuencia de la guerra; y agrega estas palabras que en sus labios tienen una gran autoridad: "Si la historia de los últimos 30 años nos ha enseñado algo es la primacía de lo político sobre lo económico. De aquí que la eliminación de la guerra sea nuestro supremo problema. Es un problema de política internacional, y el más importante instrumento de la política internacional es el Derecho Internacional.

La doctrina que sustenta la posición contraria es la del socialismo mundial. Sin llegar a ser un socialista radical Harold Lasky, profesor en la Universidad de Londres y figura de primer orden en la Ciencia Política de esta hora, se muestra partidario de ella, afirmando en su obra: "Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo", que no puede haber paz duradera mientras no se verifique una transformación substancial en la producción mundial, lo cual no puede lograrse en el estado presente de las relaciones de producción. La raíz de la crisis económica yace en el conflicto, permanente en toda sociedad capitalista, entre la potencia productiva y la potencia de consumo. De aquí surgen no sólo las perpetuas tragedias del ciclo comercial, sino también, a la larga, la revolución interna y la guerra exterior".

El conflicto entre esas dos tendencias —decimos nosotros— es el que ha impedido el desenvolvimiento normal de las Naciones Unidas, porque su organización lleva en sus entrañas el antagonismo, que parece ser irreconciliable y que sólo será superado por una nueva guerra mundial, entre la concepción del mundo y de la vida que tienen Occidente y Rusia, y entre los distintos métodos políticos que emplean para promover y alcanzar sus objetivos.

Las ideas de elevado eticismo humanista que orientan nuestra filosofía de la vida requieren urgentemente un cambio medular en la mentalidad del hombre actual, mediante el predominio de los

valores anímicos que aseguren la determinación económica y política reconocedoras de los derechos inalienables de la individualidad humana. Ningún cambio progresivo y justo en el orden de las relaciones sociales y políticas tendría lugar, si no se opera antes una transmutación esencial en el alma y en la predisposición mental del hombre hacia las ideas del bien. Es indefectiblemente necesario, pues, una regeneración psíquica de aquél en el sentido de conformar su espíritu, su inteligencia, sus ideas básicas de la vida social, en virtud de un sentimiento profundo de la genuina y fecunda sociabilidad, extirpando los impulsos irracionales, agresivos y egoístas que deforman la convivencia política, fomentando en todas direcciones cuantos factores determinen la nueva democracia, asentada en un vigoroso concepto de la responsabilidad y de la colaboración. El desarrollo de la individualidad tiene que desenvolverse en el cause de la función social. La democracia exige una relaboración de sus conceptos esenciales, una interpretación nueva, un funcionamiento verdadero animado de aquellos principios edificantes que en sentencias elocuentes ha recogido la sabiduría de los tiempos: no existe más derecho que el de cumplir cada cual con su deber, según postuló el fundador del positivismo, y el respeto al derecho ajeno es la paz, como dijo el Benemérito de las Américas, Benito Juárez.

Sin embargo, por encima de conflictos insistimos en que en la conciencia internacional de este siglo ha culminado el anhelo de la humanidad de elaborar una organización política mundial, que haga posible la vida entre los pueblos dentro de normas jurídicas que aseguren el derecho de todos y fomente su felicidad, sin necesidad de recurrir a la guerra.

La Sociedad de las Naciones y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional son buena prueba de ello.

Aún reconociendo el fracaso de la Sociedad de Naciones, fruto no sólo de errores que pudieron evitarse, sino también y más directamente de los grandes obstáculos con que se enfrentó tan alta empresa, hay que admitir que constituye una demostración del impulso natural de los pueblos a organizarse en unidad política. El Tribunal Permanente de Justicia Internacional, otra expresión vigorosa de la tendencia hacia esa unidad, realizó una labor apreciable en favor de la estructura jurídica mundial, y en los días de hoy ambas instituciones, la Sociedad de Naciones y el Tribunal Internacional han reaparecido en la Organización de las Naciones Unidas.

Esta Organización de las Naciones Unidas es otra prueba de la tendencia sociológica y política universales de forjar una estructura jurídica que abarque a los pueblos de la tierra; sólo que las

dificultades de toda índole, especialmente las económicas, han impedido que esa organización goce de autarquía política, de aquel poder que a semejanza del poder estadual tenga suprema fuerza conminatoria para todos sus miembros.

Pero si se estudia el escabroso y difícil camino que ha tenido que recorrer el Estado hasta su integración defintiva, no pueden considerarse las dificultades que encuentra la organización mundial para su firme establecimiento, como obstáculos substanciales para ello, sino los naturales con que tropieza toda agrupación humana hasta su constitución estable.

Hasta ahora, en el curso de la Historia nuestra era es, por excelencia, la era de la interdependencia entre las naciones y los grupos humanos. El notable desarrollo de la técnica en sus variados aspectos, y los transportes y comunicaciones, en primer lugar han establecido una íntima, estrecha vinculación, entre todas las zonas de la humanidad. La vida internacional se desenvuelve hoy más que nunca dentro de un extraordinario proceso de solidaridad, y los factores de la vida humana la compelen inexorablemente hacia la unidad política mundial. Demostración de ello está en la conciencia del hombre intelectual de esta hora. Jamás se sintió tan responsable y solidario del destino humano. La UNESCO, o sea la Organización de las Naciones Unidas para la Cultura, la Ciencia y la Educación, en la que suelen participar los pensadores e intelectuales más notables, expuso en Ciudad México en 1947, por labios de un insigne filósofo contemporáneo, Jacques Maritain, la obligación de los pueblos civilizados de recurrir por la vía de la cultura y de la economía a la redención espiritual, política y social, de las regiones atrasadas del mundo, que constituyen la mayor parte de la humanidad, y esto, como condición determinante de la paz y del bienestar universal.

Con justificada razón el hombre de nuestro tiempo puede proclamarse ciudadano del mundo.

La visión general de los problemas internacionales de esta época y el carácter y orientación de la conciencia internacional del mundo de hoy, nos permite enumerar las siguientes conclusiones:

La conciencia internacional demanda reflexiva, deliberadamente, la unidad política del mundo, mediante estructuras jurídicas que tengan por objeto la erradicación de la guerra, la elevación del nivel de vida de las tres cuartas partes de la humanidad, que padecen de incultura y de hambre material, una democracia que permita a los pueblos el acceso a las fuentes de materias primas y el disfrute de la libertad afianzada en la seguridad económica.

Esa unidad debe establecerse sobre la base del respeto a la idiosincrasia particular de cada pueblo, su historia y su libre determinación interna, de modo que sea expresión de la infinita variedad de la vida humana y de las características de los pueblos, cumpliéndose así la norma señalada por Martí: "la conciencia universal de la honra no excluye la honra patria, pero exige que la honra patria viva dentro de la honra universal".

El concepto de la soberanía estadual viene experimentando un cambio esencial, y la unidad del mundo exige otra concepción del Estado, que impida el ejercicio arbitrario del poder, en beneficio de la convivencia internacional.

La actual Organización de las Naciones Unidas debe perfeccionarse en el sentido de consagrar el principio de la igualdad de los Estados, a fin de que responda su estructura jurídica al principio de la democracia internacional.

Debe existir un poder internacional que predomine sobre los de cada Estado, a fin de obligar compulsivamente a la observancia de la ley, y el titular de ese poder tiene que corresponder a la organización mundial, y los métodos de creación, interpretación y aplicación del derecho, deben llevarse a cabo por organismos de especializados que aseguren la democracia internacional.

INDICACION BIBLIOGRAFICA

Harold Laski. "Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo".
Harold Laski. "Crisis de la Democracia".
Hans Kelsen. "Esencia y Valor de la Democracia".
Hans Kelsen. "Legal Thecnique in International Law".
Hans Kelsen. "La Paz por Medio del Derecho".
American Journal of International Law.
George A. Finch. "Annual Report for 1943 of the Division of International Law".
Harold Butler. "The Lost Peace".
Juan Bautista Alberdi. "El Crimen de la Guerra".
Lionel Robbins. "The Economie Causes of War".
Quincy Wright. "A Study of War".
Oliver Wendell Holmes Lectures. "Law and Peace in International Relations".
Pablo F. Lavín. "Trascendental Significación de la Unesco". Discurso en la Sesión de Clausura de la Segunda Conferencia de la Unesco, celebrada en México, en 1947.

Raul Maestri

Teoría y hechos económicos de nuestra generación

NUESTRA generación tiene motivo para enorgullecerse por haber enriquecido y afinado extraordinariamente, en poco más de diez años, la teoría económica, al punto de que la misma sirve hoy, mejor que en cualquiera otra época, para la inteligencia de los hechos y la acción sobre ellos.

Una fecha hay que marca, universalmente, la transición entre las que se ha dado en llamar "antigua" y "nueva" Economías: 1936, año de la publicación del libro "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero" de John Maynard Keynes. más tarde Lord Keynes, libro de una trascendencia solamente comparable a la que tuvo, en su día, la famosísima "Riqueza de las Naciones" de Adán Smith.

Quienes nos iniciamos en el aprendizaje de la Ciencia Económica antes de la mencionada fecha —1936— estamos en ideales condiciones para apreciar el contraste entre la "antigua" y la "nuevas" teorías, caracterizadas respectivamente por su ubicación más allá y más acá de la frontera keynesiana.

No exagero si digo que la teoría económica del Antiguo Régimen —y disculpen ustedes la licencia terminológica— era un poco demasiado vergonzante. La estructura sistemática llamada a ampararnos, la Ciencia Económica propiamente dicha, se hallaba desacreditada en su base misma. Había vivido doctrinalmente de la herencia clásica, enriquecida a lo largo del tiempo con sucesivos y varios aportes, críticos y positivos, principalmente de las escuelas histórica, socialista, autríaca y de Lausanne. El neo-clasicismo creyó posible integrar, a su hora, una nueva síntesis

real y dogmática y ese fué el sentido de la mayúscula obra de Alfredo Marshall, precisamente el maestro de Keynes en Cambridge. Pero a despecho de esta laboriosa y, a trechos, brillante elaboración, el resultado neto que se ofrecía al iniciarse la tercera década del siglo, era harto desalentador: la teoría económica establecida no explicaba positivamente los hechos contemporáneos, con lo que se consagraba un divorcio que, por una parte, la condenaba a la condición de pura y casi mórbida especulación y, por la otra, situaba el casuismo económico en el plano anárquico de lo fortuito y aleatorio.

La teoría convencional se daba de cachetes, a todas luces, con los hechos de la existencia económica y, paralelamente, las corrientes heterodoxas, que las hubo y muy agudas, no acertaron a articularse en sistema y método generales y, por ende, se revelaron incapaces de suplantarla victoriosamente.

En su obra magna ya citada, Keynes habría de caracterizar vigorosamente esta situación al decir que el economista de entonces era como un geómetra euclidiano en un mundo no-euclidiano.

★

La era que se inicia en el año de 1929 es la que la posteridad recuerda bajo el rótulo genérico de la "Gran Depresión", una especie de horror milenario a la moderna.

En los momentos en que si insinuaba a los pueblos, actual o potencialmente, la verosimilitud de una producción nunca imaginada, garantía eventual de su prosperidad, cayeron en la vorágine de una crisis que, dadas su intensidad y su extensión imprevistas y máximas, resultó diferente a cuantas se habían conocido y concebido hasta entonces. Era la miseria en un mundo capaz de abundancia, según la enérgica descripción.

Frente a estos dramáticos hechos, la teoría económica al uso se reveló impotente. Su fracaso de entonces significó su esencial liquidación y su definitivo desprestigio. Pero no podemos seguir adelante y hurtar el cuerpo a la atrevida pregunta: ¿por qué? La condigna respuesta sería excesiva pero se impone, al menos, el amago de algún escorzo...

La Ciencia Económica se asentaba sobre presunciones, que llegaron a erigirse en dogmas, que fatalmente limitaban su virtualidad. Una, entre todas, parece fundamental: se partía de la premisa mayor del empleo completo de los factores de la producción, en primer lugar, el trabajo humano. El hecho del desempleo había sido y era, por supuesto, demasiado evidente para que se le pudiera ignorar. Pero la teoría, fiel a la rigurosa tradición ricar-

diana, lo contemplaba como una ocurrencia episódica y adjetiva. El desempleo era, para la doctrina vigente, una desviación, puramente material y necesariamente transitoria, del equilibrio perfecto a que el sistema tendía en virtud del mecanismo autonómico auto-regulador que le era propio.

Para la teoría, desde Ricardo hasta Pigou, el sistema económico tendía a un equilibrio que, por definición, implicaba el empleo completo de los factores productivos, equilibrio que se restablecía a sí mismo, gracias a su estructural automatismo, por encima y a despecho de los paréntesis críticos del desempleo.

Por supuesto que este dogma no constituyó, por sí solo, toda la teoría ortodoxa anterior a Keynes. Es menester agregar, por lo menos, una nota: el dogma se postulaba como una teoría a larga vista. Pero la vida es, en su más concreto relieve, una aventura que se renueva todos los días, un problema de hoy para mañana, o sea, a corta vista. Esta dicotomía entre tiempos a la "larga" y a la "corta" sirvió a la ortodoxia económica de hoja de parra realista para esconder la vergüenza de su impotencia pragmática: cuantos fenómenos no cabían en el lecho de Procusto de su teoría, que era una teoría a la larga, los enfocaba como problemas a corta vista, lo que valía tanto como decir, dada su filosofía estática, fugitivos y subalternos. Pero este acomodaticio dualismo no reivindicó lógica ni positivamente a la teoría ni franqueó tampoco el paso para un tratamiento a fondo y sincero de las cuestiones prácticas. La ironía de Keynes al decir que "a la larga, todos seremos cadáveres" puede quizás parecer excesiva a la posteridad pero, dadas las circunstancias del momento, estuvo polémicamente justificada.

★

Puesto a resolver la Geometría económica no-euclidiana de nuestro tiempo, Keynes aportó una teoría nueva que, sean cuales fueren sus exageraciones y hasta sus errores, ha servido para ampliar y profundizar superlativamente la inteligencia de los hechos y, en consecuencia, para actuar sobre ellos con eficaz coherencia.

Frente a la presunción dogmática de un equilibrio perfecto único sobre la base del empleo completo de los factores productivos, Keynes desenvolvió, por modo a la vez audaz y convincente, una teoría plural del equilibrio económico, dentro de la que reconoció y esclareció, como una de sus posibilidades, el hecho del equilibrio sobre posiciones de empleo incompleto y fué aún má lejos, a saber, hasta postular y argumentar que al equilibrio c empleo completo sólo se llega por "accidente o por designio".

Para Keynes el sistema económico adolece de una cierta tendencia contráctil. Dejado a su propio impulso, rompe la ecuación entre inversiones y ahorros que garantiza, teóricamente, la estabilidad de un óptimo ingreso. Para decirlo con otras palabras: las modernas sociedades económicas y en más alto grado en cuanto más ricas sean, tienden por una típica inercia estructural a ahorrar más que a invertir, con lo que reducen su propio consumo y, en defintiva y a través de ciertas repercusiones primarias y secundarias, provocan y mantienen ese mal de males que es el desempleo.

Este flamante esquema analítico, que en Keynes y sus mejores epígonos llega a refinamientos y precisiones a las que no podemos ni siquiera aludir, informa y abona la moderna política económica: si el sistema, dejado a su propia inercia, gravita hacia niveles de equilibrio imperfecto, o sea, de equilibrio de desempleo y sólo por "accidente o por designio" se redime de esta calamidad y alcanza el terreno social y económicamente firme del empleo pleno o cuasi-pleno, la humanidad civilizada no se puede cruzar de brazos en espera del feliz "accidente" sino tiene que poner en juego, desde luego, los medios racionalmente idóneos y técnicamente viables para el logro de su gran "designio", que no puede ser otro que el ya mencionado del empleo pleno o cuasi-pleno. Aquí confrontamos la más radical divergencia entre la economía "nueva" y la "antigua": frente al escepticismo de esta última, que desconfía de la acción humana como eficaz instrumento para el control del destino económico y que mantiene la fe en el presunto automatismo mecánico y a larga vista del sistema, se yergue la tesis activista de quienes estiman que la alteración de los ciclos de expansión y depresión es "obra de los hombres", para decirlo nada menos que con las oficiales palabras de un reciente mensaje del Presidente Truman y que, en consecuencia, los hombres deben y pueden regularla y dominarla.

Al cabo de esta vía maestra, la novísima teoría económica culmina en una comprensión más dinámica y amplia de las complejas situaciones de hecho de nuestra época y además y por lo mismo, se coloca en condiciones de poder actuar premeditada y eficazmente sobre ellas. Frente al agobio inmediato de la depresión no se ciñe, a la antigua y recalcitrante usanza, a la tesis de que la humanidad sude su fiebre hasta el final, pendiente siempre de una esperanza a largo término que las circunstancias a corto término hacen ilusoria ni tampoco gasta su pólvora mental en salvas de vituperios contra la realidad, por caótica que la misma pueda parecer y ser.

Frente a los rigores de la depresión, la "nueva" economía propone no la cura homeopática de más y más depresión, hasta un punto hipotético que haría cimbrar la armazón social y política, sino el enérgico antídoto de una demanda apuntalada, por los medios directos e indirectos que sean del caso, de inversiones estimulantes o forzosas, mediante la movilización de recursos más decisorios y variados que los conocidos en el pasado, la manipulación de los impuestos y del presupuesto de manera resueltamente compensatoria, etc.

Se ha pretendido caracterizar la "nueva" economía como una teoría "especial'' anti-deflacionaria, en contra de la ambición "general'' que, desde su ya famoso título le señaló Keynes. Me cuento modestamente entre los que estiman infundada esta rectificación. Tengo para mí que Seymour Harris, el distinguido Profesor de Harvard, está en lo cierto cuando dice que la de Keynes es una teoría "anticíclica", útil por igual para combatir la deflación como la inflación.

Su validez en cuanto al primer efecto, no hay apenas que reiterarla. En cuanto al segundo, o sea, como arma anti-inflacionaria, se comprueba con el "record' de la economía de guerra de países como la Gran Bretaña, Estados Unidos, el Canadá, Australia, Nueva Zelanda y otros, que han seguido, más o menos fielmente, la metódica keynesiana. Nadie menos que Alvin H. Hansen lo considera un éxito "notable'' y "sin precedentes" y agrega: "en todas las guerras del pasado, habíamos presenciado altas tasas de interés e inflación de los precios. Ahora hemos contemplado, bajas y decrecientes tasas de interés con una sustancial estabilidad de los precios''.

★

La "nueva" economía responde a una teoría analítica y crítica suficientemente elástica y lúcida para servir a la joven generación como hilo de Ariadna para orientarse a través del laberinto de los hechos. Sus mejores mantenedores no olvidan cuanto hay todavía que perfeccionarla y extenderla. Keynes no pretendió fundar una Iglesia —aunque en el suyo, como en tantos otros casos análogos y a despecho de la buena fe de los fundadores, haya que contar con tal peligro— sino integrar un sistema científico, o sea, vertebrar una teoría y un método.

La "antigua" teoría económica no explicaba los hechos económicos: esa fué su Némesis, dicho sea en dos palabras. En lógica correspondencia, la conducta económica respondía a un puro instinto situacional, lo que rebajaba ominosamente la cultura de nuestras sociedades.

Hoy por hoy, disponemos de un instrumento que, sean cuales fueren sus limitaciones y sus insuficiencias, se ha demostrado y se demuestra apto para la inteligencia de los hechos y, por ende, para habérselas con ellos.

Pero sería incurrir en culpa permitir que el hombre de la calle, el ciudadano al margen de las especializaciones creyera que había ganado la batalla real y concreta de su prosperidad, que a él humanamente le interesa por sobre toda otra cosa, por el solo hecho de que nuestra generación haya llegado a plasmar una nueva teoría económica, relativamente superior a las anteriores. El mismo Keynes puntualizó que la "prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social".

Conviene no olvidarlo, particularmente en un instante como el actual en que florecen, con profusión que ya llega a resultar sospechosa y en el doble marco nacional e internacional, las instituciones económicas, financieras y comerciales más numerosas, variadas y pretenciosas.

A despecho del progreso teórico y de la incesante creación institucional de nuestra civilización económica, la humanidad parece que necesita más y mejor, a saber, clarividencia y determinación políticas y sociales, para superar el flagelo recurrente de los ciclos, el espectro de la pobreza, la injuria de la iniquidad, el oprobio del desempleo. Pero con esto, traspasamos ya el ámbito restricto de la economía, así "nueva" como "antigua".

BIBLIOGRAFIA

Keynes, John Maynard: "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", Versión Española de Eduardo Hornedo, "Fondo de Cultura Económica", México, 1943; "The Means to Prosperity", New York, 1933; "How to Pay for the War", New York, 1940.

Prebish, Raúl: "Introducción a Keynes", "Fondo de Cultura Económica", México, 1947.

Harris, Seymour E. y otros: "The New Economics", N. Y. 1947.

Timlin, Mabel F.: "Keynesian Economics", Toronto, 1942.

Klein, Lawrence R.: "The Keynesian Revolution", N. Y. 1947.

Ellis, Howard S. y otros: "A Survey of Contemporary Economics", Philadelphia-Toronto, 1948.

Herminio Portell Vilá

Política interamericana

EL Prof. George G. Catlin, intérprete original y agudísimo de los pensadores y de las ideas políticas, nos dice que la política es el estudio de las relaciones sociales y de la estructura social humana y hasta no humana. En suma, nos dice él, se identifica con la sociología (1). Catlin de seguro que interpretaría el contenido integral de las lecciones de hoy por el Prof Agramonte y por mí, sobre política y sociología, como una comprobación de la definición que dejo apuntada y la cual pido prestada para el estudio que juntos haremos esta tarde de las relaciones sociales interamericanas y de la estructura social humana y hasta no humana de este mundo interamericano.

La premisa inicial que hay que sentar es la de que no hay una fórmula definitiva de política interemericana; peor aún, nunca la ha habido y es muy posible que jamás llegue a haberla. El panamericanismo, el iberoamericanismo, los bloques continentales y otras situaciones análogas, no responden exactamente a todas las realidades del Nuevo Mundo y ya hace poco las repúblicas de América hemos pactado en Río de Janeiro y en Bogotá que la agresión a cada uno de nuestros países se entenderá como una agresión a todos; pero el ataque a Canadá, a Islandia, a Groenlandia o a las colonias europeas del Caribe, por ejemplo, también será considerado como una amenaza a la paz y a la seguridad de las repúblicas. Más aún, el Pacto del Atlántico del Norte que, en cuanto al Nuevo Mundo, sólo parece afectar a Canadá y a los Estados Unidos como participantes de ese acuerdo, nos envuelve a todos los demás estados, que no lo hemos firmado, por los compromisos

de la defensa continental que tenemos. Lo que se ha dado en llamar la continentalización de la Doctrina de Monroe, de aquel pronunciamiento que pretendía crear una barrera a la expansión europea en América, se inició en 1936 con la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz, y en sólo doce años nos ha visto convertidos en pueblos que vivimos pendientes de lo que ocurre en Europa, en Asia, en Africa, en Oceanía y hasta en las zonas polares y que sabemos que no podemos ni debemos renunciar a ese interés por la cuenta que nos tiene. El aislamiento de Monroe y de Adams está fracasado; la universalidad de Bolívar se desquita de más de un siglo en que fué negada y combatida hasta que la redescubrió Wendell L. Willkie con su **One World.**

Para más comprobar esa realidad desconcertante, son los Estados Unidos la única república americana que se opone a la liquidación del coloniaje europeo en el Nuevo Mundo. El gobierno de Washington hizo todo lo que pudo, en la IX Conferencia Internacional de Estados Americanos reunida en Bogotá, en 1948 y en los meses subsiguientes para demorar y hasta para frustrar la celebración de la Conferencia Interamericana de Territorios Dependientes, que debe reunirse en La Habana a mediados de marzo próximo. Entre los factores determinantes de esa actitud el que principalmente ha influído en la adopción de una política proeuropea de los Estados Unidos respecto a la cuestión de las colonias, ha sido el Pacto del Atlántico del Norte. Los continuadores de Jefferson, de Monroe, de John Quincy Adams, de Clay y de los apóstoles del "Manifest Destiny", al frente de la política exterior norteamericana, no quieren renunciar a entenderse con Europa y se abstienen, como así ocurrió cuando el Congreso de Panamá, de 1826, de entrar en compromisos interamericanos que puedan alterar sus buenas relaciones con las potencias europeas.

No hay siquiera una política de normas absolutas que convenga a las repúblicas interamericanas, entre sí, y que permita afirmar que la crisis en la unidad de propósito de todos los miembros de la Organización de Estados Americanos está compensada por la existencia de esa unidad entre los países situados al Sur del Río Grande o Bravo, porque también estamos divididos los que Martí consideraba como naciones integrantes de "Nuestra América". Cierto es que en el siglo pasado hubo conflictos armados entre las repúblicas centroamericanas y entre Haití y la República Dominicana, y asimismo los hubo que colocaron a Chile contra Perú y Bolivia, a la Argentina contra Uruguay y a la Argentina contra Brasil, antes de aquella alianza tripartita que lanzó a la Argentina, al Brasil y a Uruguay contra Paraguay. Esos conflictos también tuvieron lugar en este siglo. Esas guerras fueron

sangrientas y provocaron costosas rivalidades, no del todo liquidadas y cuya influencia se advierte hoy mismo en las relaciones entre los países que fueron beligerantes. Es doloroso, terriblemente doloroso tener que decir con verdad que más territorio ha cambiado de dominio en las guerras entre las repúblicas latinoamericanas que lo que perdió México a manos de los Estados Unidos en el despojo de que fué víctima en 1848.

En siglo y medio no hemos llegado a conocernos unos a otros los países de América. Henry Steele Commager, Profesor de Historia de la Universidad de Columbia, en Nueva York, acaba de publicar una obra interesantísima que reproduce las opiniones de eminentes extranjeros acerca de los Estados Unidos, y en ella no figura, ni siquiera es citado, José Martí. Yo creo, sin embargo, que Martí ha sido, después de Alexis de Tocqueville (2), el extranjero que más completamente y con mayor acierto ha estudiado a los Estados Unidos. En las **Obras Completas de Martí**, editadas por Gonzalo de Quesada y Miranda, hay nada menos que catorce volúmenes dedicados a los Estados Unidos con el título genérico de **Escenas Norteamericanas.** Y no es el ciudadano del montón en los Estados Unidos el único que no conoce a Martí; es que tampoco lo conocen los intelectuales de ese país en el que vivió años y años y Commager ni siquiera sabe que escribió estudios magistrales sobre el pueblo, la historia, los grandes hombres, las virtudes, los defectos y la civilización de los Estados Unidos. Podemos quejarnos los cubanos con razón de Commager; pero ¿cuántos cubanos hemos leído las páginas admirables de Thomas Barbour en **A Naturalist in Cuba**, dedicadas a nuestro país hace apenas tres años? ¿Dónde están los libros definitivos de interpretación de Paraguay por un dominicano, o de Argentina por un hondureño, o de Chile por un cubano, o de México por un brasilero, y viceversa?

A pesar de las conferencias interamericanas de todas clases; no obstante los progresos de las comunicaciones; sin embargo de la imprenta y de la radio, todavía no nos conocemos o nos conocemos tan poco que aún no nos damos cuenta de que somos diferentes los pueblos todos de América y caemos en las más vacías e injustas generalizaciones. Cuando hablamos de las naciones libres de América y las agrupamos como iguales, dejamos de advertir que no hay tal igualdad y que no la ha habido nunca: a lo sumo laboramos para establecerla y no estamos todos a igual distancia de la meta. Hay países de mayores recursos, de más amplia ilustración, que han progresado mejor que otros, que tienen enorme extensión territorial y poca densidad de población, o que cuentan con poco territorio y escaso número de habitantes. Los hay en que se habla

sólo el español, mientras en otros el español es una especie de "lengua franca" junto a la cual se emplean veinte o más idiomas indígenas tan firmemente arraigados como hace cuatrocientos años. En los Estados Unidos el novelista y sociólogo Louis Adamic, antiguo inmigrante yugoeslavo en ese país, ha podido probar que hay cuarenta millones de ciudadanos norteamericanos que no son de ascendencia anglo-sajona y que continúan usando su lenguaje original conjuntamente con el inglés.

Las cifras del comercio de Argentina, Brasil, Cuba y México, con los Estados Unidos, pasan regularmente de quinientos millones de pesos anuales y a veces se aproximan a mil millones. El intercambio mercantil de esos mismos países, entre sí y con los demás de América, con excepción de Canadá, queda reducido a cantidades infinitamente bajas. Se pasan años y quinquenios sin que haya el más mínimo comercio entre Cuba y Paraquay, o entre Haití y México, o entre Perú y Guatemala y así sucesivamente.

Los ingresos públicos de nuestros países varían enormemente. Dejando a un lado a los Estados Unidos y a Canadá, cuyos recursos económicos superan con mucho a los de la llamada América Latina, se necesita reunir las recaudaciones de ocho o nueve de las repúblicas más pequeñas para alcanzar una suma igual a los ingresos nacionales de Cuba durante estos últimos años. El presupuesto municipal de La Habana es mayor que el presupuesto nacional de alguna nación de la América.

La industrialización en la América la tienen los Estados Unidos, a plenitud, seguidos del Canadá, y a gran distancia vienen después Brasil, México, Argentina, Chile, Cuba y Colombia. La industria básica del acero no existe sino en unos pocos de esos países. La producción de materias primas viene a ser en general una característica de la llamada América Latina en que sobrevive la economía colonial. No hay sistemas de conservación de recursos naturales en la América Latina y un libro reciente de William Vogt (3) llega a afirmar que todos nuestros países arrojan a los mares que les circundan lo mejor de sus tierras útiles en un creciente y peligroso empobrecimiento de su suelo en que apenas si ahora ponemos noticia porque no hay una gran densidad de población y luce como si nos sobrara la tierra; pero que llegará a afectar nuestro porvenir.

Así parece como si la regla general de las relaciones sociales y de la estructura social humana y hasta no humana, en América, es decir, el contenido de la política interamericana según la definición de Catlin, fuese la desigualdad..., como si fuese el contraste entre uno y otro país y entre un grupo y otro grupo de países americanos.

Hay, sin embargo, ciertos elementos de organización política, ciertas actitudes vitales, ciertos procesos históricos y ciertas reacciones sociales de los pueblos de América, que preentan afinidades muy interesantes.

El peor de los tiranos de América y el más contumaz usurpador del poder no se atreven a renegar de la democracia, sino que presumen de celebrar elecciones y de tener respaldo popular. Podrán injertar en sus sistemas de gobierno aditamentos totalitarios y demagógicos; pero en lo fundamental, aunque no cumplan con el régimen democrático, no reniegan de él y a lo sumo posponen la plena instauración del mismo. Y es que renegar de la democracia, bajo cuyo signo se hizo la revolución de la independencia, sería tanto como renegar de la independencia en sí, cuando con ella es que esos personajes han sido poder en substitución de los gobernantes metropolitanos.

El final del coloniaje eliminó a muchos de los aspectos represivos, monopolistas e intolerantes del coloniaje. Las repúblicas consagran, aunque a veces las nieguen los abusos de la fuerza y la fuerza de los prejuicios, la libertad, la igualdad y la fraternidad, que tienen eclipses temporales o de larga duración, que nunca son permanentes. Desde el "Bill of Rights" de 1791, en los Estados Unidos, hasta nuestra Constitución de 1940, la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa han sido distintivas de todos nuestros países, que asimismo han proclamado la libertad del trabajo y la libertad de imprenta, la garantía de la propiedad legítima, que un día se redimió de la esclavitud, y el respeto a los tribunales, a la ley y a la dignidad humana.

Salvo en las situaciones de emergencia, la ley de la oferta y la demanda impera en las relaciones comerciales y se abren paso el principio y la práctica de la tributación de acuerdo con los ingresos, o sea, el cada cual paga según lo que cobra, que es de justicia para ralizar el mayor bien para el mayor número, que decía Bentham, reverenciado, a la vez, por Bolívar y por Jefferson.

La dignificación del valor intelectual y la popularización de la cultura avanzan trabajosamente; pero avanzan; en toda la América y en algunos países han culminado en eclosiones magníficas.

De las diferencias y de las afinidades apuntadas surge una ley general de política interamericana, que es inescapable y que pudiera quedar integrada con los siguientes puntos:

Primero: El régimen democrático es la razón de ser de las naciones de América.

Segundo: El régimen democrático no ha funcionado plenamente en América ni con igual intensidad de un país a otro y a veces hasta dentro de un mismo país.

Tercero: El acuerdo interamericano es hora ya de que se haga sobre la base de que todas las naciones de América realicen la democracia, aunque la exigencia por el momento las divida en dos campos como, al fin de cuentas, lo han estado y lo están ahora, con un grupo que pretende pasar de los antiguos despotismos hacia sistemas con aspectos totalitarios, y otro grupo que se inclina más al régimen de las libertades.

Cuarto: Hay que conquistar la democracia igualitaria, progresista, ilustrada, justiciera y fuerte en su civilización; pero no hay por qué dar por descontada que ya la tenemos, porque no es así. Aunque en grupos apartes, los países que están más cerca de ese ideal democrático tienen el deber y el derecho de ayudar a los que están más alejados para que se incorporen al avance general, en lo político, en lo económico y en lo social.

Quinto: La política interamericana debe tender al logro de ese objetivo fundamental para lograr la mejor integración democrática en nuestros países, como preliminar a toda acción de perspectivas universales y sin que con ello se instauren criterios de aislamiento internacional, porque a nosotros mismos y al mundo entero nos conviene que la política interamericana sea la más perfecta demostración de las virtudes y las excelencias de la democracia.

BIBLIOGRAFIA

(1) **The Story of Political Philosophers,** por George C. Catlin, New York, Whittlesey House, 1939, XVIII-802 pp. Esta obra tardó ocho años en ser traducida al español y hay una edición argentina en nuestra lengua, que no he tenido oportunidad de cotejar con la original. Catlin, inglés y ex-profesor de la Universidad de Cornell, es también autor de **The science and Methods of Politics, The Principles of Politics** y otros tratados sobre esta materia y sus afines.

(2) **La Democracia en América,** por Alexis de Tocqueville, Madrid, Jorro, editor, 1711, 2 vols., 603 y 385 pp.

Historia de América, Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1942, 2 vols., XVI-419 y XV-475 pp. y **El Pueblo en la Revolución Americana,** Buenos Aires, Editorial Americalee, 1942, 245 pp., ambas obras por Luis Alberto Sánchez.

Inter-American Solidarity, por Herminio Portell Vilá y otros, Chicago, University of Chicago Press, 1941, XIII-217 pp.

El destino de la América Latina, por Samuel G. Inman, Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1941, 398 pp.

Road to Survival, por William Vigt, New York, Sloane, editor, 1948, XVI-335 pp.
Este pueblo de América, por Germán Arciniegas, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1945, 181 pp.
A Latin American Speaks, por Luis Quintanilla, New York, Macmillan, editor, 1943, 268 pp.
Roots of Revolution in Latin America, por Donald M. Dozer, en Foreign Affairs, New York, vol. 27, núm. 2, enero de 1949, pp. 274-288.

●

Roberto Agramonte

La sociología y sus problemas americanos

EN un célebre y festivo poema de Schiller, titulado **La repartición del planeta Tierra,** aparece el bardo conversando con Júpiter, en el preciso momento en que la Tierra acaba de ser distribuída entre multitud de ocupantes, pero ya demasiado tarde para que a Júpiter se le dé su parte, por lo cual tiene que contentarse con un asiento en un lejano planeta. Eso fué lo que le ocurrió precisamente a la Sociología, disciplina un poco nómada y aventurera, cuando empezó a reclamar con decisión —entre todas las ciencias establecidas— su personalidad autónoma; pero en la hora de hoy ocurre algo bien distinto. La sociología es a manera de una gran tienda de departamentos, surtida de toda clase de aríulos.

El estudioso desea indagar los orígenes de la vida social, abre un tratado cualquiera, y encuentra variadas descripciones de clanes, gentes, tribus y ciudades. Se interesa en la concepción primitiva del mundo, y obtiene explicaciones acerca del chamanismo ártico, la magia, el culto de los muertos o los mitos. Se propone conocer la causa del auge y de la decadencia de las civilizaciones, y se le abren ante sí teorías consistentes acerca de la caída de Roma o de la declinación de Europa. Pretende inquirir en qué forma y a qué ritmo ha aumentado la población del mundo, creando la superpoblación, el lleno, como fenómeno primario de nuestro tiempo, y seguidamente cuenta con cifras y teorías explicativas. Presencia los sucesos de una gran ciudad moderna, y la ecología, nueva subciencia, le traza el mapa de un área metropolitana, o de una ciudad satélite, o le describe procesos de fisiolo-

gía urbana, como los de concentración del potencial demográfico, o los de descentralización, o le señala arterias aórticas de una metrópolis, como el Times Square neoyorkino, que es imán de muchedumbres que acuden a las tiendas, a los espectáculos o al trabajo. Son escasos los fenómenos de la vida humana que quedan fuera del radio de acción de esta disciplina quizá un tanto ambiciosa. La motivación humana no es omitida en sus observaciones; verbigratia, se pregunta cuáles son los deseos egocéntricos que impelen al ser humano en su conducta social, y del estudio experimental de miles de inmigrantes, se llega a esta conclusión. En las personas hay un **deseo de seguridad,** que hace que sea precavida y conservadora; un **deseo de nueva experiencia,** que la hace innovadora, basado en el instinto de curiosidad y en la busca de nuevas emociones, tal como se ofrece en el cine, en los viajes, en la investigación científica; y un **deseo de reconocimiento** o de aprobación social como valor deseable.

Viviendo, como vivimos, en una época de masas, se hace interesante el estudio de los grupos sociales organizados, de las multitudes, de los auditorios, de las clases sociales. Y si la Organización de los Estados Americanos desea clarificar qué debe entenderse por clase media en Hispanoamérica, envía —como ha hecho recientemente— un cuestionario a los estudiosos, a fin de que se precise si tal categoría está condicionada por conceptos económicos o culturales o de actitudes psicológicas, y en qué forma el proceso de industrialización y las dos últimas guerras mundiales han influído en su estructura y papel social.

★

Ya en el primer tercio del siglo XIX, el heraldo de la Sociología, Augusto Comte, había acuñado el nombre de esta ciencia de la organización exterior de la sociedad. En el desarrollo de la misma mantuvo tres tesis: primera, que existían leyes tan determinadas que rigen el desarrollo de la especie humana como las que existen para explicar la caída de una piedra; segunda, que la sociedad debía descansar sobre el altruísmo como principio, el orden como base y el progreso como fin; tercera, que en el mundo social nada se destruye mientras no se reemplaza. La biología y la física, filones inagotables del positivismo sociológico, determinaron que nuestra ciencia se denominase "física social". Dejando a un lado la especulación extremada, el estudioso se daría noblemente a la tarea de estudiar los hechos sociales como el biólogo o el físico examinaron los hechos de la naturaleza exterior, los fenómenos, palabra que deriva de la voz griega **fainómenon,** que significa, poco más o menos, mostrarse a la luz, patentizarse. Ob-

servando, experimentando, es decir, repitiendo los hechos naturales, se percibiría su compleja operación, y así se tenía la esperanza de poder controlar sus posibles efectos. Saber era poder. El programa del positivismo sociológico quedó compendiado en este alentador epírafe: "Ver para saber, saber para prever, prever para dirigir".

Pero... a unas cuantas millas de donde el positivismo tenía su sede, ocurría algo intrínsecamente distinto. Una especie de semidiós teutón, Hegel, meditaba acerca de los efectos producidos por las guerras napoleónicas y acerca de la crisis de Europa. Su faena consistió en poner el empirismo y el positivismo —filosofía de hechos— al revés, siguiendo el consejo de Kant, quien postulaba que las cosas no regían a las ideas, sino las ideas a las cosas. Su sentencia favorita era: "El Estado es el paso de Dios por la tierra'', y frente al espíritu subjetivo del mero individuo, a veces operando como capricho o inclinación errada, oponía la infalibilidad del Estado como vida organizada de la cultura, y el **Espíritu Objetivo.** Grabemos estas dos palabras, para explicarlas más adelante.

Desde la pragmática Inglaterra Heriberto Spencer percibía, con la pupila dilatada, este pugilato. Este ingeniero, doblado en filósofo, levantó un nuevo andamiaje, sociológico poniéndole de zapata once impresionantes volúmenes, en los cuales daba su propia versión del evolucionismo. Digamos de entrada que gran parte del pensamiento de América sufre la visible influencia de la doctrina evolucional espenceriana. Basta recordar dos nombres: el de nuestro Varona y el del mexicano Justo Sierra. Las ideas de progreso y evolución iban consignadas a condicionar cambios esenciales en la realidad social, educativa y política. Definía el maestro inglés la evolución como tránsito de lo simple a lo complejo, como un mudar de toda realidad de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad, a una perfección, coherente y definida. Para la sociedad ofrece el autor de las **Inducciones de la Sociología** un claro símil. Este: la sociedad es como una bandeja de plata deteriorada. Para restaurarla ¿le daremos un martillazo? ¿Se lo daremos demasiado duro? ¿Cuántos martillazos le daremos? Después de unos cuantos golpes dados inexpertamente, el defecto de la bandeja continúa. Hay entonces que llamar al platero para que le dé los martilazos en forma sutil y precisa, quizá no golpeando directamente sobre la parte afectada, para poder al fin enderezarla. Si eso es con un objeto inanimado, ¿qué será con la sociedad, que es un vasto complejo de seres que ponen en juego su razón, sus intereses, sus pasiones, sus voluntades?

Y ¡cuántos gobernantes han estropeado la bandeja de la sociedad! Pero el reformismo espenceriano es aun de tipo positivista.

★

A fines de la centuria XIX vivió, casi sin ser notada, una de las mentalidades más vigorosas y más influyentes del pensamiento posterior. Su primera proposición ejerció notorios efectos en todas las ciencias humanas. Esta: **el hombre no es naturaleza, sino ser en esencia histórico.** Y luego: a la naturaleza la explicamos. Las ciencias que la abordan son explicativas. Al ser humano y social lo comprendemos. Las ciencias que lo estudian son descriptivas. El mundo de la naturaleza es un mecanismo o un organismo, naturaleza muerta o viva, pero naturaleza exterior. En este mundo predomina el principio según el cual la causa de un fenómeno es igual al efecto que produce, y por eso se agota en esa relación de causa a efecto. El mundo del espíritu, en cambio, es teleológico, cual se ve en la articulación progresiva de estructuras en la tarea educativa, que salva al mundo de su abyección y empobrecimiento moral, ya que la formación humana es autofinalidad que deriva del carácter teleológico —es decir, ajustado a valores— de la vida del espíritu. O mejor: la acción del hombre contiene más de lo contenido en las causas, y ese más de la acción humana es la obra humana, o la obra de la mente colectiva, que piensa más y mejor. La causalidad de las ciencias físicas es una causalidad exterior y dispersa en la naturaleza. Es improcedente, pues, tratar de obtener un conocimiento de la realidad psíquica —indivisible de suyo— reimportándolo de la naturaleza exterior.

El tema céntrico de la filosofía y de toda ciencia del espíritu es para Dilthey, a quien me refiero, la vida humana y su comprensión por sí misma en todas sus manifestaciones. Vivencia, significación y expresión constituyen los tres segmentos de la vida La propiedad de expresarse es propia de la vida anínima, a manera de una corriente de agua subterránea que se hace visible al llegar a la superficie de la tierra. Un monumento maya, la Ley de las XII Tablas, la moral kármica son expresiones que invitan a la comprensión. Mas, vivencia y expresión, interior y exterior, causa y efecto, antes y después componen una totalidad indivisa, un mismo y simultáneo sistema estructural. El mundo objetivo, social y humano son la revelación permanente del sentido, de una panvivencia a base de conexiones inteligibles. El conjunto de manifestaciones esenciales de la vida —susceptibles de estudio por el método de la hermenéutica— y fijadas de algún modo, así los usos sociales, los órdenes arquitectónicos o los inventos científicos,

se denomina **Espíritu Objetivo.** Al cabo de los años, cuando ha desaparecido su creador, sobreviven esas obras del espíritu: están objetivadas.

La sociología y la psicología comparada nos ofrecen el repertorio de las **formas de vida,** el estudio de los procesos a virtud de los cuales el tipo general humano —la humanidad— se especifica, se tipifica, en infinidad de variaciones en eficiencia e intensidad del interés primordial. Hay el hombre griego, y el euroamericano, el hombre de la revolución francesa, el hombre social, el religioso, el estético. Limitémonos a dos tipos: al hombre teórico y al hombre político. En el **homo theoreticus** predomina, en contraste con las demás actividades del espíritu, la objetividad del conocer.. Vive éste en un mundo válido para toda conciencia cognoscitiva. Su visión abarca edades históricas enteras. Un tanto inválido para asir los problemas de la vida práctica, no aprende a ajustar sus reflexiones a las situaciones de la cotidianidad, pues su equipo para la lucha por la existencia es pobre, no por falta de comprensión, sino de vivo interés por estas cosas. Argumentado Hegel por alguien que le dijo que sus ideas no se ajustaban a la realidad, respondió: "Pues entonces peor para la realidad''. El tipo del **homo politicus,** en cambio, basa en el poder su capacidad de imponer a los demás su propia orientación valorativa y pone al servicio de su voluntad de poder —respecto a la cual el conocimiento es mero instrumento— todas las zonas de valor de la vida. Es perdiguero fino e incansable de las huellas mínimas de la motivación cotidiana. Cuando este tipo se da en su forma más pura, aquella causa por la que lucha se convierte para él en la verdad evidente y vital, y como el alcalde de Cork pregunta resuelto: "¿Quién sabrá imponerse al que sabe morir?"

★

Otra tendencia reciente es la **sociología del saber,** según la cual las organizaciones sociales donde se desarrollan los pensadores, los artistas, los estadistas, a manera de armazón de la actividad ideológica, condicionan el contenido y la forma de su pensamiento. La doctrina de Sócrates —conciencia viva del pueblo ateniense— está correlacionada con su círculo: la ciudad entera. La doctrina de Platón, en cambio, está condicionada por una escuela estrecha: la Academia. Sócrates es pedagogo, Platón metafísico. El pensamiento, las creencias referentes a los fines de la acción, sólo se hacen inteligibles plenamente cuando se estudian con mirada sociológica. Las ideas no nacen espontáneamente. No hay intelecto puro. El pensamiento no es sólo materia de la lógica, sino también de la sociología.

La aplicación del método **fenomenológico** a nuestra disciplina es también una conquista reciente. Según él, cada objeto social —instituciones, comunidades, pueblos— además de su actualidad empírica poseen una esencia. La constitución eidética del objeto en la conciencia a base de una operación intencional y trascendente, elabora y da una perfecta evidencia, exenta del error propio de la observación exterior. Así surgen las categorías, voz que según algún autor deriva de **katá** y **agorá**, en griego, la plaza pública, o sea, un compartimiento mental. Estas categorías sociológicas son susceptibles de descripción ontológica extraempírica.

La constitución de nuestra materia como ciencia autónoma tiene lugar cuando Jorge Simmel somete los hechos sociales a una nueva abstracción u ordenación, al distinguir entre **el contenido** de la socialización y **la forma** de la socialización. El contenido está dado por el elemento psicológico, tales los motivos, los intereses, los propósitos de los seres humanos; la forma o sociotipo es el modo de su aparición. Así el propósito educativo puede originar una forma social pedagógica liberal o disciplinaria, individualizada o masiva. Se debe a este nuevo método haber puesto énfasis en las acciones infinitamente pequeñas, en vez de estudiar como antes las formas macroscópicas de la sociedad, dando lugar al relacionalismo y superando parejamente la teoría orgánica y la atomística. Pone énfasis asimismo en el problema del número en los grupos sociales: así, el número dos se da en los pares genuinos, como maestro y artesano; el número tres en la tríada, como la que se forma con el tercero imparcial; el número cien en la ciudad epicefírica de Locros o Roma, descendientes de cien gentes, creando ello una simetría míticogenealógica.

★

Muy importante ha sido para la sistemática sociológica el estudio de las interacciones, que comprende la conducta individual, coincidental, societal, transitiva, intransitiva, causal, expresiva y funcional, con énfasis siempre en la interacción intencional, sin la cual, según Weber, no existe relación societaria. Así también los tipos de contactos primarios, como en los grupos escolares; secundarios, como en las clases sociales; y terciarios, como el que existe al suprimirse la distancia en el orbe a virtud de una noticia dada por una potentísima estación radiodifusora.

La América Latina (Portell) no ha sido remisa a comprender sus propios problemas desde puntos de vista sociológicos; pero la estructura de la conciencia de los pueblos americanos no ha de

buscarse sólo en obras de cariz académico destinadas a desentrañar con la lupa científica su alma, ya que no pocas veces el estrato más profundo del alma americana no está dado por la razón abstracta, sino de modo antiintelectualista, en sus intuiciones y sentimientos expresados, por ejemplo, en la novela, donde se escucha la voz de ideales funcionales y vivos. A través de un largo proceso secular América ha llegado a su madurez, y las tragedias desarrolladas en el mundo en este último medio siglo han contribuído a desarrollar su genio creador. En la interpretación de los grandes y vitales problemas autóctonos, podemos recurrir a una primera fuente: a tratados orgánicos de sociología de la envergadura y universalidad de el renombrado del peruano Mariano Cornejo, tan influído de la psicología de los pueblos de Wundt, o a obras de cariz genético y sistemático como la **Sociología** del mexicano Antonio Caso, tan afecto al solidarismo francés. En la actualidad eminentes sociólogos españoles trasterrados a América, como Recasens, Francisco Ayala y Medina, trabajan en obras de genuina creación. La veta intuitiva está representada por extranjeros del tipo de Waldo Frank y Keyserling. El influjo de las ciencias profundas europeas está representado por las notables traducciones de Dilthey, Weber, Mannheim, encomiable labor americanista, o en los ensayos de sociología cultural de Francisco Romero. Mas el interés por lo autóctono tiene finos y pacientes investigadores en el argentino Poviña, de rumbo académico; en Samuel Ramos, al analizar el perfil del hombre y de la cultura en México; en el salvadoreño Masferrer excitando junto a Rodó a comprender el alma americana en su unidad esencial; en Venturino tratando de agotar la sociología chileindiana; en nuestro Fernando Ortiz, en el mexicano Manuel Gamio, en el ecuatoriano Jaramillo, en el neochileno Lipschütz emplazando justamente el problema racial sobre cimientos culturales; en Echánove, haciendo para la sociología mexicana lo que Mac Lennan hizo para la sociología peruana, con métodos ambos más modernos que los aplicados por Bunge en **Nuestra América**.

Las sociologías vernáculas no escasean. Abmir de Andrade abordo la **Formación de la Nación Brasileña** con acento descriptivo; pero la palma la gana el cabal sociólogo Gilberto Freyre, cuya obra maestra **Casa Grande e Senzala** explica la evolución de la familia brasileña durante la época de la economía patriarcal. Enfoque de tipo análogo es el de Luis López de Mesa en su trabajo acerca de **¿Cómo se ha formado la Nación Colombiana?** donde desarrolla la tesis de acuerdo con la cual la historia de un pueblo es el drama de los dolores causados por esfuerzos tendientes a expresar con pasión su propio genio. Arciniegas pondrá énfasis

en el medio social americano; y **Argueda**, en **Pueblo Enfermo**, y la revista **Kollasuyo** presentarán los problemas dramáticamente estañados del Altiplano de Bolivia.

Concluyamos. La sociología es hoy una ciencia rica, pero dispersa. Por eso desde Oslo, Noruega, y apoyados por la Unesco, un grupo de ocho grandes sociólogos, entre ellos Erik Rinde y Gurvitch, acaban de proponer, basándose en la madurez y amplio reconocimiento de estos estudios y sus aplicaciones, que se funde la **Asociación Sociológica Internacional**, que sin duda contribuirá a promover una mayor felicidad para el género humano.

REFERENCIAS

Roberto Agramonte, "Sociología", Cuarta Edición. La Habana, 1946.

Fernando de los Ríos, "Remarks on intellectual life in South América", Reimpreso de Social Research, 1943.

Poviña, "La Sociología en Latinoamérica", México, Fondo de Cultura.

Imaz, "El pensamiento de Dilthey", El Colegio de México.

Simmel, "Sociología", Biblioteca de la Rev. de Occidente.

Una gran obra que interesará a los lectores de estos Cuadernos



SANGRE Y SEXO

Por el profesor Gustavo Pittaluga

6.00

"SANGRE Y SEXO -dice en el prólogo el profesor Pittaluga, autoridad indiscutible en la materia- son para mí dos temas que guardan su jerarquía al fundirse en un estudio de sus relaciones en el organismo humano y en la persona -esto es, en un ser cuyas actividades, supeditadas a las necesidades orgánicas, están regidas por la mente, gobernadas por la razón, arrastradas a veces por la pasión, exaltadas o deprimidas por la emoción, sublimadas por el amor".

Sección de Librería
Planta Baja.





Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.